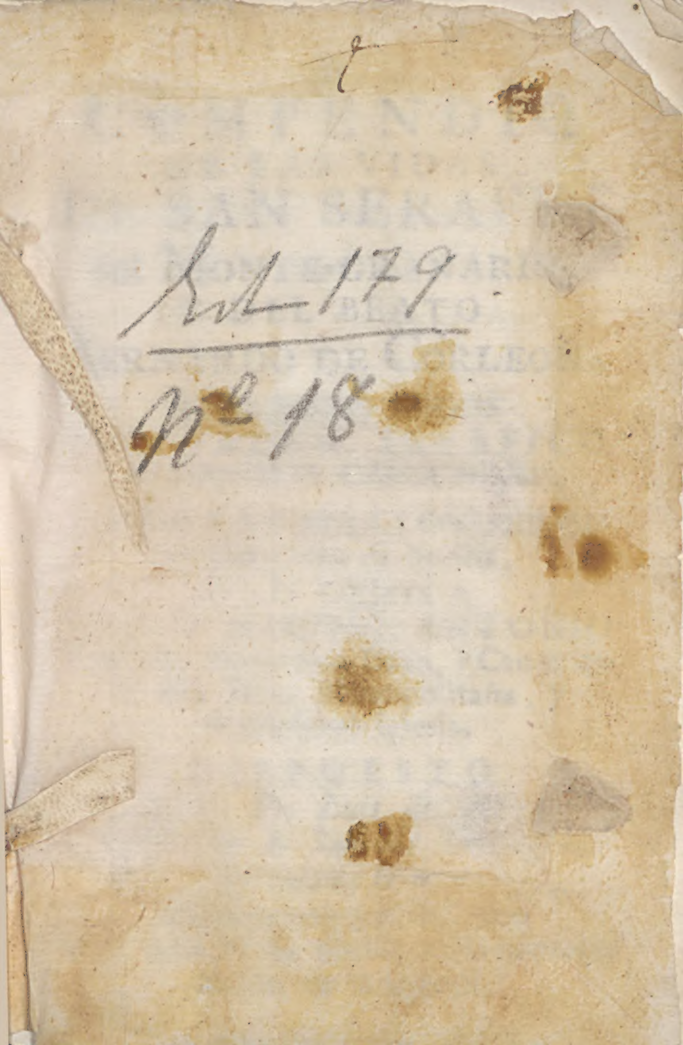

18



*

COMPENDIO
DE LAS VIDAS
DE SAN SERAFIN
DE MONTE-GRANARIO,
Y DEL BEATO
BERNARDO DE CORLEON,

RELIGIOSOS LEGOS
DEL ORDEN SERAFICO
DE MENORES CAPUCHINOS,

QUE SACA A LUZ LA COMUNIDAD
del Convento de Sevilla,
Y LO DEDICA
AL Sr. D. MIGUEL ANTONIO
Carrillo, dignissimo Dean, y Canonigo
de esta Santa Metropolitana, y
Patriarchal Iglesia.

DISPUESTO
*Por el P. Fr. Luis de Antequera,
ex-Lector de Sagrada Theologia,
del mismo Orden.*

Con licencia: En Sevilla, en la Imprenta
Mayor de la Ciudad.

AL Sr. DON MIGUEL Antonio Carrillo y Oviedo, dignissimo Dean, y Canonigo de la Santa Iglesia Metropolitana, y Patriarchal de Sevilla.

EN este pequeño Volumen ofrecemos à V. S. dos Prendas, que vnidas componen el mayor Blasòn de todo el Serafico Orden. La vna es vn Serafin, y la otra vn Crucifixo: para que salga otra vez el Crucifixo vestido de Serafin, como se le representò à N. S. P.

San Francisco en el Monte Alberna, y canta mi Choro Serafico de este modo: *Ad quem venit Rex è Cœlo amictu Seraphico ::: affixusque Crucis telo.* De el Cielo descendiò à Francisco, que oraba en el Monte Alberna, el Rey Divino cubierto con seis alas Seraficas, y clavado en el Sacro Leño de la Cruz.

Al Serafin lo representa bien con su nombre, y vida el Santo, que se incluye en la primera Particula de este Librito: y el Crucifixo es el Espiritu, que tiene la

pe-

penitente Vida de el Beato, que se pinta en la segunda. Y que estos dos Capuchinos Seraficos, y Crucificados se presenten à V. S. no es cosa de extrañar, pues su proprio afecto le està avisando lo mucho, que esta Familia Capuchina le debe: y assi en su corazon tiene V. S. escritas las razones de dedicarle esta Obrita.

Y à la verdad, Señor, à quièn podiamos elegir para Protector de este Compendio, sino à quien compendia en su grande Authoridad

las

las Alas mas aptas para el patrocinio, amparo, y defensa: pues si registramos el orden de la naturaleza, hallamos en V. S. singularissimas Prendas heredadas; y si volvemos los ojos à los esplendores, que V. S. ha adquirido con sus proprias obras, lo hallamos tan excelso, y elevado en el Estado, en que lo ha puesto la Gracia Divina, que en este orden lo contemplamos con las seis Alas Seraficas, que nuestro Serafico Doctor San Buenaventura queria,

que

que tuviessen los Eclesiasticos Prelados: pues el zelo, la piedad, la paciencia, la exemplar vida, la discrecion, y la devocion de V. S. son, sin duda, las seis Alas Seraficas, que lo han colocado en la Silla, en que tan dignamente està constituido.

Por vltimo, Señor, bàstanos la gloria, el honor, y la seguridad, en que dexamos esta Obrita baxo de Alas tan sagradas, y poderosas. Solo suplicamos à V. S. que no mire à sus

no

no bien formadas lineas, sino al Espiritu, que intentan publicar, que es el de los gloriosos Hermanos, *Carrillos*, ò Mexillas de la Serafica, y penitente Faz de la Capuchina Familia, San Serafin de Monte-Granario, y el Beato Bernardo de Corleon, à quienes pedimos, alcanzen de Chriſto Señor nueſtro, Supremo Rey de los Serafines, y por nuestro amor Crucificado, que prospere, y conserve à V. S. en su mayor grandeza, y dilate su im-

por-

portante vida los muchos años, que debe desear

A V. S. afectissima, obligada, y reconocida

La Comunidad de Capuchinos de Sevilla.

NOS

NOS el Lic. D. Joseph de Aguilar y Cueto, Canonigo en la Santa Metropolitana, y Patriarchal Iglesia de esta Ciudad de Sevilla, Gobernador, Provisor, y Vicario General de ella, y su Arzobispado, por el Emo. y Excmo. Señor Don Francisco, por la Divina Misericordia de la Santa Romana Iglesia Presbytero Cardenal de Solis, del Real Orden de San Genaro, Arzobispo de dicha Ciudad, y Arzobispado, del Consejo de su Magestad, &c. mi Señor.

Por el tenor de la Presente, damos, y concedemos Licencia, por lo tocante à esta Jurisdiccion Ordinaria Eclesiastica, para que se pueda imprimir, è imprima vn Librito, intitulado: *Compendio de las Vidas de San Serafin de Monte-Granario, y del Beato Bernardo de Corleon, Religiosos Legos del Orden Serafico de Menores Capuchinos*: atento à no contener cosa alguna contra

nues-

nuestra Santa Fè, ỹ buenas costumbres, sobre que ha dado su Censura, en virtud de nuestra Comission, el M. R. P. Mro. Fr. Pedro Fernandez, Examinador Synodal de este Arzobispado; con tal, que à el principio de cada Exemplar se inserte esta nuestra Licencia. Dada en Sevilla dia treinta de Julio de mil setecientos sesenta y nueve años.

Lic. D. Joseph de Aguilar y Cueto.

Por mandado del Sr. Provisor.

Augustin de Loayssa.
Notario Mayor.

DON

DON DOMINGO DE ZEREZO, del Consejo de S. M. Regente de la Real Audiencia de esta Ciudad, Subdelegado del Real, y Supremo Consejo de Castilla, para el conocimiento de los Negocios respectivos à las Imprentas, y Librerìas de esta dicha Ciudad, y su Partido en virtud de Real Cedula.

Doy licencia, para que se imprima el Quadernillo, Compendio de las Vidas de S. Serafin de Monte-Granario, y del Beato Bernardo de Corleon, Religiosos Legos del Orden Serafico de Menores Capuchinos, dispuesto por el P. Fr. Luis de Antequera, ex-Lector de Sagrada Theologìa, de el mismo Orden, atento à constar por Censura, que de mi Comission ha dado el M. R. P. Fr. Pedro Jurado, Ministro del Convento de Trinitarios Calzados, extra-muros de esta dicha Ciudad, no contener cosa alguna contra las

bue-

buenas costumbres, y Pragmaticas de S. M. cuya impression se executarà por el Original presentado, que se halla rubricado del infrascripto Escribano de esta Comission, y en papel fino, y buena estampa, y con arreglo à las Reales Ordenes, poniendose al principio de cada Exemplar esta mi Licencia. Fecha en Sevilla à dos de Septiembre de el año de mil setecientos y sesenta y nueve.

Don Domingo Alexandro de Zerezo.

Por mandado de su Señoria.

Juan Tortolero.

ER-

ERRATAS.

Pag. 32. lin. 1. su quarto, lee vn quartó.
Pag. 67. lin. 5. meteria, lee materia.
Pag. 111. lin. 2. à otro Arte, lee à otra Arte.
Pag. 161. lin. 12. Rosa, lee Roca.
Pag. 187. lin. 14. dos, lee los.

Donde se encontràre el nombre de la Ciudad de Asculi largo, lease breve.

INTRODUCCION.

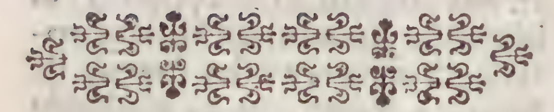
MUCHO se abreviò el Verbo Divino, para comunicarse à los hombres; pero quando quiso extender esta comunicacion, se abreviò mas. Sin dexar de ser Infinito, se hizo parvulo en la Encarnacion; y la extension de este Mysterio elevado es la Sagrada Euchariſtia, en la qual se nos comunica, baxo de vna minima particula de las especies Sacramentales: luego mas se abrevia, mientras mas pretende extender la comunicacion el Señor, igualmente Poderoso, que Amante, y Sabio.

Con este exemplar Divino he tomado aliento, para emprender esta Obrita, dirigiendola à el fin, que intènto, por la Obediencia mas ciega. Discurrìa yo, còmo extender à todos generalmente la noticia de dos Varones tan grandes, como son San Serafin de Monte-Granario, y el Beato Bernar-

nardo de Corleon, y se me ofreciò abreviarlos en estas Particulas de Libros, que solo este nombre merecen los dos pequeños Tratados, que doy à luz, para que se encienda la devocion à los nuevos aplausos de el Canonizado Serafin, y Bernardo Beatificado.

Y por evitar vna duda, desde el mismo principio me veo obligado à notar la especialissima devocion, con que la Ciudad de Asculi venerò à San Serafin, desde que experimentò sus prodigios. A poco de haver muerto encendiò Lampara à su Sepulcro, le eligiò por Patrono, celebrò todos los años su Feſtividad con Vigilia de ayuno rigoroso, y en vna palabra, se apropriò tanto à sì à este Santo, que obtuvo, que se llamàra S. Serafin de Asculi; pero en nuestras Chronicas se llama, y es S. Serafin de Monte-Granario, cuya admirable vida se ciñe brevemente en la siguiente Particula.

PAR-



PARTICULA PRIMERA.

CAPITULO PRIMERO.

PATRIA, NACIMIENTO, y educacion de San Serafin.



NTRE las Regiones de Italia, sobresàle vna tan favorecida de el Cielo, que mereciò ser el Lugar, adonde los Angeles vltimamente trasladaron aquella Sagrada Casa, donde encarnò el Divino Verbo, y comunmente se llama la Santa Casa de Loreto. Esta dichosa Region es el Piceno, ò la Marca de Ancona.

en que eſtà situada vna pequeña Pòblacion, à quien llaman Montegranario: y ſi se atiende à los Sugetos de Letras, y Valor, que hà producido eſtê fertil Monte, de ningun modo le llamarèmos pequeño; pero para llamarle fecundo, què mas fruto buscamos, que el pequeño grano de vn Religioso humilde, que llegò à ser Arbol, à cuya proteccion oy ſe acogen haſta las Aves de mayor Grandeza? En eſte, pues, Lugar, yà ennoblecido con Letras, y Armas, nāciò nueſtro Serafin, para engrandecerlo con sus virtudes. Sus Padres fueron Geronymo, y Theodora, vecinos de aquel Pueblo; no hàllo que decir mas de su Apellido, y Linage, porque se diſtinguian en ser virtuosos, que es quanto se puede decir en proprio, y no mendigado elogio de vn Sugeto. Las rentas de la casa de eſtos virtuosos Casados, eran los sudores de Geronymo en el quoti-

 dia-

diano exercicio de Albañil, mientras su Esposa fabricaba vn edificio de perfeccion en las virtudes, en que se empleaba. Lograron assi duplicadas bendiciones del Cielo en dos hijos, el mayor se llamò Silencio, y el menor logrò el nombre de Felix en el Sagrado Baptismo. Este Felix, dexado en su nombre à silencio, es el menor, que entre los Menores Capuchinos tomò con el Instituto Serafico el nombre de Serafin, y lo fuè, como vamos à vèr, en sus virtudes Seraficas.

Yà dixe, como sus Padres se distinguian en virtud, y en prueba de ella tomò especialmente la Madre con tanto cuidado la buena educacion de Felix, que formò en èl vn Varon perfecto, aun quando estaba en la puericia de sus años. De aquì naciò, que en los Procesos de su Canonizacion afirman los Testigos, que este Niño lo era en los años, pero

que ſiempre fuè en las coſtumbres anciano; porque su vida immaculada daba el teſtimonio de vna muy rara ancianidad. No importunaba à su Madre, como otros, por la comida, ò bebida, que jamàs pidiò, ſino que se contentaba con solo lo que le daban; y aun de eſſa porcion, que era por la pobreza taſſada, repartìa con liberalidad entre los Pobres, ayunando el Chico, para que fueſſe crecido el merito de sus limosnas. Aunque era tan moderado el suſtento de Felix, llegò à ser tan desmedida la pobreza de su casa, que obligò à su Padre à aligerarla de eſſa leve carga. Para eſto hablò à vn Labrador, que admitiò al Chico entre sus Familiares, bien que con el baxo deſtino de apacentar vna Piara de Ganado mayor.

Saliò Felix à la Selva, ſiguiendo la Grey, de que havia de cuidar como Paſtor, y entre tanta soledad no he-

echò menos ſino el Templo, adonde lo conducìa su Madre, porque le havia cobrado mucho amor à los Altares: mas no le faltò induſtriosa devocion, para erigirlos, porque eligiendo vn Arbol proporcionado, formò en èl vna Cruz, y à la viſta de eſte recuerdo de nueſtra Redencion rezaba Corona, y Rosario, meditando en sus Myſterios, y aprendiendo à llevar la Cruz, que yà el Cielo le proporcionaba.

Eſta le esperaba en su propria casa, adonde volviò por muerte de su Padre, para ayudar à su Hermano Silencio en los trabajos de Albañil. Era Silencio de genio aspero, desabrido, y colerico, y tenìa el empeño de inſtruir à su Hermano menor en la Arte, que èl exercitaba. Era el Joven Felix muy apacible, quieto, y amable; pero tan inepto para lo mecanico, que no tenìa habilidad ſino para desgraciar quanto se le fiaba

à sus manos; y ved aquì la Cruz; por que èsta inhabilidad le ocasionò tantos triunfos à su paciencia, que era preciso conocer, que era Felix perfecto, quando tanto podia tolerar con la mayor quietud de su Alma. Llevaba Felix con inalterable corazon los valdones, golpes, y vltrajes de su Hermano, y pareciendole poca mortificacion, añadia de su propria mano las mas fervorosas disciplinas, tres ayunos à pan, y agua en la semana, y no tomaba otro descanso, que la Oracion, quando los otros Peones descansaban en sus vulgares conversaciones.

En medio de estos ahogos, dispuso Dios recrear à su fiel Siervo, llevandolo à su prodigiosa Casa, para que algun tanto respiràra. Moviò los animos de vnos Parientes del paciente Jòven, y estos consiguieron de Silencio, que dexasse ir con ellos à Felix, para que los sirviesse en vna devota

peregrinacion, que emprendian à la célebre Casa de Loreto. Iba Felix tan elevado en el Myſterio, que se executò en aquella Casa Santa, que no reparò en vn Rio caudaloso llamado Potenza, y assi lo passò à pie, quando ni à Cavallo podìa vadearse; y para mas calificacion del prodigio, ni ſiquiera se mojò el calzado. Era nueſtro Felix Arca, que encerraba en las tablas de su corazon la Ley Divina: què mucho, que lo respetaſſen las aguas? Llenos de admiracion los Compañeros, proſiguieron todos el viage: y en el cèlebre Santuario concibiò el Joven Felix tanta devocion à la Santissima Virgen, tanto amor al Verbo allì humanado, que yà eſta llàma no le dexaba parar, aspirando ſiempre à la perfeccion, que le faltaba. Para eſto volviò al theatro de paciencia, que le reservaba su Hermano Silencio, y recibiò en èl tales tratamientos, que reconocìa, que era yà

su Hermano, no solo colerico, sino instrumento de la Diabolica rabia. No se contentò el Infierno con instigar à su Hermano, y Compañeros contra su paciencia, sino que le acometiò à cara descubierta, pues quando se retiraba à la Oracion, se le representaban los Espiritus malignos en espantosas figuras, y le maltrataban con golpes proprios de sus pesadas manos.

Assi entre los escombros de su Oficio, mejor que Job entre los muladares, se coronaba de triunfos, y hacia, que le naciessen Palmas; pero no confiando de sì mismo, fluctuaba entre dudas, si se quedarìa con Silencio, ò tomarìa el destino de Solitario, pues al passo, que conocìa su ineptitud para las fabricas, reconocìa, que en los Desiertos no le faltarian diabolicos assaltos. Yà iba el Cielo à embiarle el Angel, que le desatasse estas cadenas de dudas, y para esto or-

ordenò este caso. Fuè, que su Maestro Silencio lo llevò consigo para fabricar vn Palomar à casa de vn hombre honrado llamado Nicolàs Manucci, que vivìa en Lauro, Villa de la Ciudad de Firmo. Tenìa Nicolàs vna virtuosa hija, cuyo nombre era Luisa, y entre otros exercicios de su espiritu, se daba frequentemente à la leccion de algunos Libros devotos. Oyò Felix aquellos assuntos terribles de los Novissimos, que escribiò Dionysio Cartujano, y Luisa leìa; y tanto brio le dieron, para vencer al Mundo, que se resolviò à retirarse à vn Desierto, para emplearse vnicamente en fabricar vna desembarazada escalera para el Cielo. Yà, como à otro Geronymo, los ècos de aquella espantosa Trompeta del Juìcio le sacaban al Campo, para la batalla de las penitencias contra su enemigo cuerpo , quando la referida Luisa le detuvo, señalandole sitio mas seguro, para assegurarse de

aquellos temores. Diòle noticia del Seraphico Instituto de los Capuchinos, de quienes su Padre era especial devoto, y Hermano, y empezò desde entonces Felix à sentir la gracia de la vocacion, con que Dios lo havia ilustrado. Correspondiò à ella con la prontitud, que se debe à vn llamamiento Divino, y sin dàr parte à Silencio, se partiò para el Convento de Tolentino, para dàr principio à su pretension. Volviò à Lauro con solas las esperanzas, que el Guardian de aquel Serafico Monasterio le diò, y hallò à su Silencio tan indignado de la fuga, como se puede colegir de su genio yà expressado. Repitiò con muchos trabajos las pretensiones, hasta que hallando finalmente en Tolentino al P. Provincial de la Marca, logrò ser admitido en la Religion, y recibiò la Licencia, para que en el Convento de la Ciudad de Jèsi, donde estaba el Noviciado, le vistiessen el Santo Abito.

CA-

CAPITULO II.

VIRTUDES DE S. SERAFIN yà Religioso.

VESTIDO Felix de Capuchino, mudò segun coſtumbre el nombre, llamandose yà Serafin: què buen prognoſtico de su espiritu! Empezò no à correr por el camino de la perfeccion eſte Gigante, ſino à volar con movimiento tan rapido, que los Religiosos mas perfectos se ocuparon de vn cierto pasmo, admirando en vn Novicio las propriedades de vn Maeſtro de virtud muy consumado. Afianzò con los Votos solemnes su conſtancia; y por desembarazarse mas para sus vuelos Seraficos, se impuso vna abſtinencia tan rigida, que no solo observaba todas las Quaresmas de N. S. P. San Francisco, que componen caſi todo el año, ſin hacer

cola-

colacion, ni beber à la noche, sino que añadia por todas las semanas del año tres dias de ayuno à pan, y agua, y en las Vigilias de las solemnes Festividades, como tambien en el Triduo de la Semana Santa se abstenia totalmente de todo alimento, y bebida: pero lo mas es, que aun quando comia, comia yà desazonando el manjar con la ceniza, yà tassandolo de modo, que no dexasse de molestarle la hambre; sin que la sed del Verano pudiesse obligarle à beber fuera del Refectorio, por mas que en las Casas de los Devotos le instassen.

Con tanta levedad como le daba à su cuerpo èsta tenuidad de alimento, todavia le parecia à Serafin pesado, y assi determinò avivarlo con tales estimulos, que à otro impulso parecieran crueldades. Dispuso à este intento dos Cilicios, que alternando continuamente le mortificassen; el

vno

vno de cerdas, y entretexidas puntas de clavos, el otro de juncos con nudos muy considerables. No me detengo en pintar su aspereza, y solo digo, que cierto Religioso por nombre Fr. Isidoro de Amandòla, acostumbrado à la mortificacion de su carne, consiguiò en vna ocasion de Serafin, que le prestasse el de cerdas, y à pocas horas se rindiò de modo, que volviendoselo, le dixo, que no era possible tolerarlo. Y què digo, sufrirlo, quando ni vèrse puede sin espanto! Oy se venera en el Convento de Asculi, y llena de horror à los que llegan à venerarlo. Sobre esta habitual penitencia añadìa los actos de disciplinas quotidianas, para cuyo fin dispuso vnas cadenillas de hierro, de cuyo extremo estaba pendiente vna media vola de plomo rodeada de puntas, de las quales vnas eran como saètas, otras como anzuelos. Con este artificioso instrumento sacaba

caba de su cuerpo la sangre con abundancia, para regar la tierra; y avisandole vn Religioso, que aquello era crueldad, respondiò: que la crueldad estaba en la carne enemiga de el espiritu, no en la saludable penitencia, que la sujeta.

Con este cuidado dormìa tan poco, que, quando Joven, eran dos horas, y yà anciano, vna sola hora la que assignaba à su descanso; pero què descanso, quando su cama era la tierra, ò vnas tablas desnudas, en que no se extendìa, sino se sentaba, arrimando la cabeza à vn banquillo, que le servìa de almohada! Conforme à la pobreza de la cama, era la de todo lo que vsaba; la Celda vna Sepultura; el Abito, y Manto vna confusion de remiendos los mas viejos, y asperos; las Sandalias vnos despojos desechados de otros Pobres; y en fin se distinguìa pobrissimo entre los que professaban la
alte-

alteza de la Pobreza voluntaria.

CAPITULO III.

ADMIRABLE PACIENCIA del Santo.

AUNQUE he dicho algo de lo mucho, que Serafin se mortificaba, ha sido nada respecto de lo que los Prelados lo exercitaban. Tenia este Santo, no sin especial Providencia Divina, muy poca habilidad para los exercicios mecanicos, de que resultaba, que todo aquello, en que ponia las manos, lo echaba à perder, ò lo executaba con nimia tardanza. Los Superiores viendole tan inutil, se empeñaban en habilitarle à golpes de rigidas penitencias, y palabras asperas, y lo tenian por Fabula, y entretenimiento de la Comunidad; todo lo qual llevaba Serafin con tal gozo, que quando mas vltrajado, iba

à los pies del Superior, y besandoselos, le decia: *Dios te pague, Padre, vn beneficio tán singular como el que me haces.* No por esto se aplacaban los zelosos animos de los Prelados, y añadian mas rigores de obras, y de palabras. A tanto llegò el exercicio, que le daban, que no pudo sufrir el Demonio las grandes ventajas de la paciencia de Serafin, y assi le acometiò con varias sugestiones, para que se ausentasse de este Theatro de paciencia, y se retirasse à buscar descanso en los horrores de vn Desierto. Permitiò Dios esta tentacion, para coronar à este Varon esforzado, que hallandose en las angustias mas terribles de vn espiritu atribulado, corriò al asylo de la Iglesia, y postrandose ante el Tabernaculo de Dios Sacramentado, exclamò: *Hâ, Señor! dadme socorro, que perezco entre amargas turbaciones de mi animo.* No havia concluido su Oracion, quando

saliò del Sagrario vna voz sensible, que le alentò assì: *Si verdaderamente quieres servirme, es necessario, que te niegues à ti mismo, sufriendo las mortificaciones.* Este viento suavissimo disipò de modo toda la tempestad levantada contra el Santo Serafin, que de repente experimentò el Cielo claro, que le ilustrò de modo, que yà ansiaba por mortificaciones mayores, que las passadas: y para dàr nuevo aliento à su paciencia, se resolviò à rezar con la mayor devocion vna Corona, ò Rosario, por aquel Superior, ù otro Sugeto, que le diesse mortificaciones excessivas, le hiciesse injurias, ò lo maltratasse. Este ànimo de Serafin lo acceptò el Señor con tanto agrado, que en vna ocasion, que lo ponia en practica, oyò la voz de su Magestad, que le dixo: *Serafin, esta Oracion, que me ofreces, por los que te persiguen, es para mì tan agradable,*

 que

que qualquiera cosa; que desde oy me pidieres, la conseguiràs.

Yà se havia hecho la paciencia de este nuevo Job famosa, y alguno quiso tocarla con la experiencia, como fuè vn Religioso, que à este fin solamente le diò vn terrible golpe en la cabeza con vna plancha de hierro, quedando el Santo sin sentido, pero yà vuelto, le dixo sonrriendose: *O Santico, Santico, Dios te bendiga.* Esto mismo respondiò à otro, que sin motivo le diò vna terrible bofetada; y dexando innumerables casos, solo digo este. Destinò la Obediencia à Serafin por Compañero de vn Peon de Albañil, que estaba empleado en la Fàbrica del Convento. El Santo, como yà hemos dicho, nada havia adelantado en esta Arte, ni para ella tenìa mas que ineptitud, y tardanza. Con este motivo el Compañero le decia mil injurias, sin respectar el Estado Reli-

gio-

gioso de nuestro Santo; pero el paciente Serafin solo le respondia con gran paz estas palabras: *Santico, hagamos bien el servicio de Dios.* Palabras, que encendieron tanto la colera del Peon, que dexados los materiales de las manos, las puso atrevido en el rostro del Santo, cargandole de golpes, y bofetadas; lo qual sucediò no vna vez sola, sino muchas: pero nunca alterò el ànimo de Serafin, que no hacia mas, que tolerar, y repetir las yà referidas palabras: *Hà Santico, Santico, hagamos bien el servicio de Dios.*

No solo de los hombres, sino mas de los Demonios, fuè atormentado Serafin. Yà le arrastraban, yà le dexaban caer de sitios muy altos à el suelo, yà le daban terribles golpes; pero siempre salìa victoriosa su paciencia, y consiguiò tantos triunfos, que le cobraron gran miedo los Espiritus infernales. Por esso à el vèr à

Serafin, dexaban libres à los cuerpos, que atormentaban. Son innumerables los casos, en que èste Santo librò de la opression diabolica à los que padecian èste trabajo: y huvo ocasion, en que èste Serafin tan humilde obligò à el Principe de las tinieblas, que atormentaba à vna muger, à que arrastrando la lengua desde la Puerta de la Iglesia, hasta el Altar Mayor, diesse señales de rendimiento à el imperio de el mas humilde Siervo de Dios.

CAPITULO IV.

DE LA CHARIDAD de el Santo.

ADmirados contemplo à todos de tanta paciencia; pero voy à descubrir la raiz, para confirmarla. La Charidad es paciente, y todo lo sufre: pues veamos sin tardanza la charidad

ridad de eſte Serafin, y no causarà admiracion su tolerancia. En tiempo, que la hambre afligia con exceſſo à toda Italia, tuvo nueſtro Serafin bella ocasion de exercitar eſta virtud, porque daba à los Pobres casi todo el Pan, que le havia de alimentar; y solo se contentaba con vn pedazo, que por ser tan pequeño, era maravilla, que no se muriera de hambre, ò à lo menos enfermàra; pero era tan al contrario, que eſtaba entonces Serafin mas robuſto, sano, y esforzado. Preguntabanle los Religiosos admirados, con què vivìa, y se conserbaba tan robuſto? Y respondia: *Con la Charidad.*

Mientras la Obediencia lo tuvo ocupado en el oficio de Limosnero, iba repartiendo con los Mendigos, que hallaba, la limosna, que le daban para los Religiosos, y corregido del Compañero por eſto, quando algun necessitado le pedia Pan, se lo

ne-

negaba de palabra; pero con admirable industria, y dissimulo se lo ofrecia en la mano, y despues, que el Pobre lo llevaba, clamaba, dando à entender, que se lo havia arrebatado. O ingenio de la Charidad de este Serafin humano! Otras veces, que veia venir al Pobre, se fingìa cansado, para que, quedandose atràs, no advirtiesse el Compañero, que iba delante, que dexaba à los pies del Pobre el socorro, que èste buscaba. En tiempo de rigoroso frio se encontrò con vn Pobre desnudo, y le advirtiò, que bien podìa tomar de sus ombros el Manto: lo executò assi el Pobre. Llegò Serafin al Convento sin Manto; y haviendo recibido del Prelado vna correccion muy aspera, solo alegò à su favor, que aquel Pobre desnudo estaba en necessidad mas vrgente, que la suya.

Disgustados los Compañeros del Santo con estas industrias de el Li-

mos-

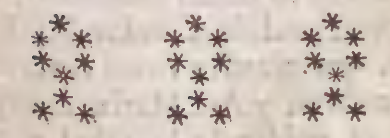
mosnero, lo aplicò la Obediencia à la Porteria, en que todavia se ingeniò mejor èste hombre Santo. Casi toda la hortaliza de la Huerta la hacìa salir à la Puerta para los Pobres. Se quexò el Hortelano de èsta profusion contraria, al parecer, de la Comunidad, y el Prelado le assignò vn pedazo de tierra en la Huerta, para que por sus proprias manos la cultivasse, intimandole severamente, que solo del fruto, que rindiesse aquella porcion, diesse à los Pobres; pero que de ningun modo llegasse à lo restante de la Huerta, que se cultivaba para las vrgencias de aquella Religiosa Casa. Aquì se viò afligido bastantemente Serafin, porque estaba muy distante su poca habilidad de este encargo; pero, ò prodigios de la Charidad! Aquella corta porcion de tierra daba mas frutes sin cultivo, que lo restante de la Huerta, en cuyo beneficio sudaba mucho el

Hor-

Hortelano muy habil; aumentandose el milagro, porque por la tarde cortaba el Portero toda la hortaliza, y en vna noche se reproducia toda, pues por la mañana estaba el pedazo de Huerta todo poblado. Viendo esto el Guardian, revocò el orden de limitacion, que havia dado, y dispuso, que toda la Huerta estuviesse à su disposicion; y con esta facultad empezò à fructificar tanto, que daba para todo; haviendose observado, que mientras Serafin cortaba las yerbas para los Pobres, repentinamente volvian à crecer, y multiplicarse entre sus manos.

No solo las yerbas, sino el Pan, y el Vino multiplicò muchas vezes milagrosamente, y enseñaba tambien à los Pobres, còmo havian de encontrar el socorro en la vrgencia de sus necessidades. Viviendo el Santo en el Convento de Asculi, llegò à èl vna pobre Señora, cuyo nombre

era Isabèl Mesciari, y le representò la grave necessidad, que toleraba toda su casa. Oyòla el Siervo de Dios, y le ordenò, que al llegar la hora de comer, rezasse las Oraciones del Padre nuestro, y Ave Maria con gloria Patri, y las repitiesse tres vezes en honor de la Santissima Trinidad. Hizolo assi esta Pobre, y apenas concluyò las Oraciones con su familia, quando oyò tocar à las puertas de su casa, y abriendolas, hallò vna muger, que le traìa vn canasto de Pan, y otros manjares, que vna Señora de la Ciudad, movida de inspiracion Divina, le embiaba.



CA-

CAPITULO V.

EXCELENCIAS DE SU CHAridad con los Enfermos.

A La referida hambre se siguiò vna cruel epidemia, que empleò sus ardores en la Ciudad de Ascùli con tanta fuerza, que se llevaba à todos sin diferencia de sexos, ni edades, pero era mas activa la llama de charidad de este Serafin, pues sin temor del Contagio, se constituyò Enfermero general de toda la Ciudad. A vnos sanaba, à otros endulzaba las amarguras de la muerte, y à todos en su modo consolaba, hasta que recetandole à todos los Enfermos, que rezassen cinco vezes el Padre nuestro, y Ave Maria, consiguiò, que se publicasse la salud generalmente.

De esta practica charitativa, sa-

cò nueſtro Seraſin vna gracia tan eſpecial de curaciones, que no parecia, sino que Dios havia depositado en su mano la salud, porque la repartiò todo el tiempo de su vida, y mucho despues, con rara abundancia. A la fama de èſta gracia concurria gran multitud de Enfermos al Convento, pidiendo à vna voz, que salieſſe èſte Seraſin para su alivio: Y el Santo Lego venìa à la Porterìa, les daba la bendicion con vn Crucifixo pequeño, que traìa siempre consigo, y luego se oìa el grito, que levantaban, dando las gracias à Dios de el alivio vnos, y otros de la perfecta salud, que experimentaban. A tanto llegò el concurso de dolientes, que buscaba en eſte Seraſin el remedio de sus males, que el Guardian del Convento de Ascùli pidiò al Padre Provincial, que le quitaſſe à eſte Santo de el Convento, porque era diſtraccion de sus Subditos

con

con las curaciones de los Seglares. En fuerza de la Obediencia passò el Santo à Montegranario su Patria, y no por esto se minorò, antes sì se aumentò tanto la gracia, que se llenaba la Plaza del Convento, pues no solo concurrian de aquel Pueblo, sino de todos los Lugares vecinos. Los Ciudadanos de Ascùli volvieron à llevarse à Serafin. Volviò otro Guardian à pedir, que se lo quitassen de la Familia, y vino el Santo con Obediencia del Padre Provincial à morar al Convento de Lauro; pero su gracia de curaciones commoviò toda la Comarca, y de las Aldèas, Villas, y Castillos llegaban yà los Enfermos, que venìan innumerables. Assi anduvo de vn Convento en otro toda su vida, pero siempre mas brillante el resplandor de su gracia.

Aunque curaba todo linage de dolencias, se empeñò singularmente

en remediar los dolores de cabeza; porque era grande la compassion, que manifestaba de esta classe de Enfermos, y assi no se diò caso, que alguno llegasse à pedirle el alivio, que se lo negasse; bien que no querìa dàr el remedio antes que se necessitasse. Por esto en vna ocasion, que llegò vna muger fingiendo este dolor, para burlarse de el remedio, el Santo la apartò, diciendole, que todavìa no havia experimentado el dolor, y assi, que à su tiempo pedirìa de veras, lo que entonces hacìa por chanza. Caso raro! Se apartò la muger, que iba corrida, y desayrada, quando à pocos passos le assaltò vn dolor vehemente de cabeza; y reconociendo entonces su culpa, volviò al Santo, que la curò prontamente, obrando assi tres marabillas; la primera, conocer la ficcion, que reservaba la muger entre los secretos de su corazon: la segunda, castigarla

garla con vn dolor intenso: y la tercera, remediar inſtantaneamente el mismo dolor.

Era tan sòlicita la charidad de nueſtro Santo, que algunas vezes no tenia paciencia, para esperar, que llegassen los Enfermos à èl, y assi los remediaba antes. Un Ciego, cuyo nombre era Joseph Ferrante, se puso en camino desde Lauro à Monte-Olmo, donde eſtaba entonces Serafin, para que le diesse viſta. Iba el Ciego clamando por su remedio à Serafin, y en mitad de el camino viò tan claramente, que se viò obligado à exclamar: *Milagro, milagro grande*. Y para que se vea, que sola la compassion era la que obligaba à Serafin, para aliviar à los Enfermos, se debe notar, que no era meneſter, que ellos lo pidieſſen, para que el Santo los curàra. En vna ocasion pasò el Santo casualmente por donde eſtaba Mendozo Dorio muy moleſtado

do de la gota: nada dixo el doliente à Serafin; pero èſte movido de charidad, se arrojò à los pies del gotoso, y dandole la bendicion con el Crucifixo, lo dexò tan sano, que para siempre arrumbò Dorio las muletas, sin las que antes no podia dàr passo. Como era el curar tan del genio de su charidad, hacia algunas vezes eſtos prodigios por donaire. Amaba Serafin tiernamente à su Padre espiritual, que era vn Religioso de prendas, y al mismo tiempo sentìa la enfermedad, que le moleſtaba. Era èſta vna terrible hipocondria, à cuyo alivio no alcanzaba la Medicina. Llegò à èl vna mañana Serafin, y le dixo en voz baxa, que viniesse con èl, porque tenia vnos casos reservados, que manifeſtarle. El Confessor, que era sèrio, y conocia la pureza del Confessado, no se le ocurriò, què podrìa significar aquella frase, haſta que entrandole Serafin

en

en sù quarto, en donde reservaba vnos Quesos, para dàrlos à su tiempo à la Comunidad, le dixo, señalandolos con el dedo: *Estos, Padre mio, son los casos reservados, tomad el que querais, que os sabrà bien.* Con tal gracia dixo esto Serafin, que rompiendo en vna gran risa el Confessor, quedò totalmente libre de sù molesto accidente.

Una Señora muy noble padecia tan fuerte dolor, y destemplanza de cabeza, que llegò à estàr frenetica. El assunto de su delirio era hacer vn largo viage. No havia quien la divirtiesse de èsta idèa, ni persuadiesse à tomar alimento alguno. Yà la Medicina la havia abandonado como à incurable; pero recurriendo vn hijo suyo à la gracia de Serafin, lo llevò, para que la visitasse. Llegò el Santo, y le hablò à la enferma, aprobando su dictamen del viage, y ofreciendose à ir en su compañia. Yà iba

la frenetica Señora à saltar de la cama, para el camino, quando Serafin la dixo estas palabras: *Còmo hemos de andar sin comer? Comamos primero, para caminar bien.* Convino en ello la enferma. Traxeron al punto vna buena porcion de caldo, y Serafin tomò vn poco, celebrando mucho lo sazonado, que estaba. Convidò con lo restante à la Señora, y èsta lo bebiò con mucho gusto, y fuè el efecto tan raro, que instantaneamente volviò à su razon, cobrò salud perfecta, y ella misma tuvo juicio, para conocer, y decir, que yà estaba del todo sana. Yà es preciso, que concluya èste materia, por no exceder la brevedad; pero digo, que es mucho lo que se me quèda por escribir de estos casos, pues no puedo siquiera numerarlos: Ciegos, Sordos, Tullidos, Leprosos, Moribundos, todos hallaban en vn instante la salud en la charidad de èste Serafin; pero no

es esto lo mas excelente de su virtud, y assi passo à curaciones de mas alto grado.

CAPITULO VI.

ZELO DE LA SALUD de las Almas, en que ardia San Serafin.

LA charidad, que hizo à Serafin Medico de los cuerpos, lo constituyò tambien insigne Operario Evangelico; y tanto mas cuidaba de salvar las Almas, quanto es la Alma mas noble, que el cuerpo. Iba algunas Quaresmas de Compañero de el Predicador, y hacìa mas fruto con su exemplo, que el Orador con las palabras. En cierta ocasion, que acompañaba al Predicador Quaresmal de el Castillo de Marano, entrò en la Iglesia Mayor, y reparando en vn suntuoso Sepulcro, que contenìa

las cenizas de vn famoso Heroe llamado Oracio Brancadori, se arrebatò de las llamas de el zelo, que no solo expressò con lo encendido de su semblante, sino mas con el ardor de sus palabras. Hizo allì vna declamacion muy fervorosa contra la vanidad de los mortales, y se quedò en presencia de el numeroso Pueblo extatico. Volviò de el extasis, y hallò à todos los concurrentes anegados en vn mar de lagrymas, que sus palabras, y exemplo havian sacado de sus corazones contritos; confessando à vna voz, que aquel Sermon havia hecho mas fruto, que todos los que havian escuchado de los Predicadores mas sabios; y assi no es mucho, que se diga de este Santo, que hacia en las Almas mas fruto desde la Porteria con sus razones, que los Predicadores desde el Pulpito.

Pero què digo razones! Quando estas no bastaban, sabia este nuevo

Elias valerse de el azero, para degollar el luxo, y las vanidades. Una Señora viuda, cuyo nombre era Lelia Portelli, traìa vestido vn Abito de devocion; pero con tanta profanidad, que arrastraba mucha por el suelo. (Abuso, que reynò en otro tiempo, y yà se ha mudado en extremo contrario.) Llegaba assi à hablar al Santo en la Porterìa, y la reprehendia siempre. No hacia la Señora caso, antes hacia mas gala de su profanidad, hasta que vn dia al llegar, para hablarle, saliò Serafin, y con vn espiritu valiente le dixo: *Señora, si mis razones no bastan, para que moderèis el trage, con este cuchillo cortarè yo essa demasiada falda.* Diciendo esto sacò vn cuchillo, y yà iba à executar el còrte, pero la Señora huyò; y volviendose luego al Santo, le prometiò con las mayores veras la moderacion de el vestido, lo que executò fielmente, Estaban los Vecinos de

Asculi tan dominados de la passion de el juego de Naypes, que no se oìan sino tragicas ruinas causadas de aquel desorden, que reynaba en casi todas las casas. Clamaba Serafin con vivas ansias à todos los Jugadores; pero viendo, que no aprovechaban las palabras, se arrojaba à las casas, y arrebatandoles de las manos los Naypes, los hacia pedazos con esfuerzo grande. Parece, que eſtos hombres se havian de apassionar mas entonces; pero era tal la eficia de el zelo de èſte Varon Santo, que temerosos se quedaban confusos, y muchos no se atrevìan à volver à tomar las Cartas. No faltò vno, que se obſtinò tanto en jugar, que diò mucho que hacer al Santo. Fuè el obſtinado D. Pedro Muciarelli, Caballero principal de Asculi, el qual amoneſtado varias vezes, havia repetido las promesas al Santo de enmendarse; pero vencido de el habito vicioso, no llega-

ba

ba eſte caso. Viendo eſta dureza Serafin, llegò vn dia à la Esposa del Caballero, y le dixo: *Una violenta muerte sè yo, que eſtà maquinada contra Muciarelli, y solo si dexa el juego, podrà de ella librarse.* Asuſtada la Señora diò noticia à su Consorte, el qual, aunque al principio se riò, diciendo, que el Frayle no era Profeta, con todo eſto, despues entrò en tanto miedo de la amenaza de Serafin, que arrepentido de veras de sus vicios, no volviò à tomar los Naypes. Eſta conversion marabillosa, llenò de gozo, y edificacion à la Ciudad; y porque se conociera, que la amenaza del Santo no era vana, vn dia, que el Caballero Muciarelli llegaba à Comulgar, lo llamò vn Joven, y le dixo, que diera gracias à Dios, porque havia su Mageſtad mudado el corazon de vn enemigo suyo, que eſtaba resuelto à matarlo; pero que yà podìa vivir seguro. Assi

desterrò Serafin aquellos perniciòsos juegos, quedando la Ciudad remediada.

No fuè menor el ardor, con que desterrò los Libros, y Pinturas profanas. En vna ocasion entrò en casa de Ansidonia Migliani, que estaba entretenida en leer versos nada provechosos, y reprehendiendole, le dixo entre otras cosas: *Si os gusta la poesia, yo os enseñarè vna Cancion en alabanza de el Criador.* Recitòla con vn fervor Serafico, y la dexò tan inclinada à la devocion, que no volviò la Señora à tomar mas Libros, que aquellos, que podian ser vtiles à su Alma. Otra vez entrò en casa de vna Dama de grande credito en Asculi, cuyo nombre era Isabèl Arpi. Tenia èsta para adorno de sus Qadras Lienzos, en que estaban delin[e]adas Pinturas indecentes; y no con[te]nto con la reprehension, que le diò [d]e palabra, subiò en vna silla,

y descolgando los Quadros, los hizo pedazos. Lo mismo hizo en casa de otra Señora igual, que se llamaba Geronyma Ferri, y assi logrò apagar aquellos incentivos de la sensualidad.

No me dilato mas, porque fuera ser prolijo el referir mas que lo dicho; pero no puedo dexar de decir, que el zelo llevò à èste Serafin à tanto, que emprendiò, y consiguiò devorar vn abuso, que havia en Asculi tan sostenido de la antigua costumbre, que era como irremediable. Era estìlo en la Provincia de la Marca, especialmente en la Ciudad dicha, poner los Padres à sus hijos nombres de Gentiles, como *Hercules, Ulises, y Achiles*, y à las hembras *Laura, Diana, Filomena, &c.* Conoçìa el Santo, que era esto contra la memoria, que se debe hacer de los Santos, para exemplares, y Patronos nuestros: y assi confiado en la Divina proteccion, empezò à pro-

meter seguramente la felicidad en los partos à las que solian peligrar, y fecundidad à las esteriles, con la condicion, que pusiessen à sus hijos nombres de Santos; y fueron muy frequentes los casos prodigiosos, en los que se viò, que èste Santo alcanzò de Dios, que diesse hijos à los Padres, que prometieron reformar el abuso de los nombres. Con èste interès se aficionò tanto la Ciudad à los nombres de los Santos, que no se oyò mas nombre alguno profano; debiendose notar aquì, que el nombre, que Serafin queria mas frequentemente, que le diessen à los niños, era el de el Patriarca Santissimo *Joseph*, porque entendieramos todos, quanto vale para todo tan eficàz Patrocinio.

*** *** ***
*** ***
***

CA-

CAPITULO VII.

CIENCIA INFUSA DE SAN Serafin.

DIXE en el antecedente Capitulo, que Serafin fuè insigne Operario Evangelico; y porque no se dude de su suficiencia, voy à manifestar la ciencia, que le adornaba. Viviendo de Familia el Santo en el Convento de Lauro, y estando la Comunidad congregada en el Refectorio, quiso el Prelado despues de la cena recrear à los Religiosos con vna Platica espiritual, que le mandò hacer à èste Santo Lego. Se escusò humildemente Serafin, confessando su vniversal ignorancia; pero no admitida la escusa, rompiò el silencio, propuso su Thema, y fuè pronunciandolo en Latin con toda perfeccion, y dixo: *Dilectus meus mihi, & ego illi.* Un Predicador

à

à la novedad de oir hablar Latin à quien no sabia leèr, soltò la risa sin poder contenerse; pero no turbandose por esto Serafin, predicò de las reciprocas finezas de el Divino Verbo con los hombres, con tanta alteza de palabras, tanta profundidad de discursos, y tales alientos de su espiritu, que el Predicador, que se havia reìdo al principio, espantado, clamò diciendo: *Verdaderamente, que Dios ha sido quien ha hablado por la boca de este Hombre!* Con esto quedaron los Religiosos con tal concepto de la sabiduria de èste Santo Lego, que llegaban à èl con las dudas de la Escriptura Sacra, para que las explanase, lo qual hacia con admiracion de los mas inteligentes. En otra ocasion, morando en el Convento de Asculi, le mandò el Superior, que subiesse al Pulpito del Refectorio, y le predicase à la Comunidad allì junta en tiempo de recreaciones, Se alegraron los Re-

ligio-

ligiosos de el buen rato, que esperaban. Serafin se escusaba, alegando, que era Idiota, y sin caudal alguno de palabras, pero venciò la Obediencia; y subiendo al Pulpito el Santo Lego, hizo vn Sermon pasmoso, dirigido à inſtruir à los Predicadores, que havian de salir la Quaresma proxima à su miniſterio: y para dàrle mas eficacia à su voz, empuñò vn Crucifixo, que siempre traìa consigo, y esforzò tanto el assunto, que se convirtiò la recreacion en llanto, aunque muy dulce para las Almas. Quedaron los Predicadores muy guſtosos con el Maeſtro de Oratoria, que Dios les havia dado, y resueltos à practicar sus documentos, de los quales el principal era, que eſtudiassen los Sermones en Chriſto Crucificado.

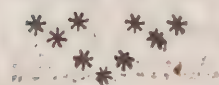
No solo en el Convento resplandecia la luz de la ciencia de èſte Sabio Oraculo, sino que se extendìa à los mas eminentes Theologos de otros

Or-

Ordenes Religiosos. Uno de el Sagrado Orden de Predicadores, que era Theologo de el Eminentissimo Señor Cardenal Bernerio, de el mismo Orden, en ocasion que passò à honrar el Convento de Capuchinos con su presencia, les hablò assi à los Religiosos: *Grande es el Thesoro, que teneis, ò Padres, en la Persona de Fr. Serafin: Os asseguro, que siempe que he experimentado alguna dificultad, ò sobre la Escriptura, ò sobre la Theologìa, he quedado libre de todas con su respuesta.*

Para acabar de comprobar, que era infusa la ciencia de este Varon Insigne, conclùyo con este caso. Una vez tomaron assiento dos Escribanos en la Porterìa de el Convento de Ascùli. Llevaba el vno vn Libro latino de los Milagros de San Antonio Abad, de quien era muy devoto. Se aplicò à leerlo, y Serafin, que era el Portero, estaba muy atento.

to. Llegò el Lector à vna diccion, que ni èl, ni su Compañero entendian, siendo assi, que eran Latinos buenos. Viendo el Portero, que se perdia el tiempo, dixo el significado de aquellos vocablos poco vsados. Se admirò el Escribano, porque le constaba, que Serafin no havia saludado la Grammatica; y para certificarse mas de el prodigio, le instò al Santo, que dixera sobre aquella diccion lo que entendìa; y Serafin para gloria de Dios explicò las varias inteligencias de aquellas palabras con tanta erudicion, que los buenos Latinos se admiraron. Volviendo luego à sus casas, miraron el Calepino, y hallaron la variedad de conceptos, que les havia proferido el Santo Portero.



CA-

CAPITULO VIII.

DE EL ESTUDIO DE LA Oracion de el Santo.

SI deseàre alguno saber, en què escuela aprendiò Serafin tanto, puede entender facilmente, que en la Oracion. A èsta estaba entregado continuamente, sin que huviera criatura alguna, que lo estorvasse; porque de todas hacia escala para subir al Criador, y assi trabajando en los exercicios de su estado, comiendo, caminando, conversando con los Proximos, siempre estaba orando, y no pocas vezes subia tan alto en la contemplacion, que salia fuera de sì mismo, para estàr totalmente en Dios. Sucediò vna vez, que buscandolo para vna diligencia, lo vinieron à hallar en la Huerta, pero tan abstrahido, que aunque se acercaron, lo llamaron, y

lo tocaron con las manos, no diò acuerdo alguno de sì. Eſtaba el Santo en pie, los ojos fixos en el Cielo, y el roſtro muy hermoso con la viveza de sus colores. Avisaron al Guardian del Convento de aquella novedad, y vino à vèrlo; y para examinar su eſpiritu, lo llamò por su nombre, y como era tan obediente, al punto respondiò à la voz de el Prelado, y descendiò de el extasis, para executar sus mandatos.

Las luzes, que en eſtas ocasiones le comunicaba el Cielo, se coligen de lo que observò en vna vn Religioso de mucha perfeccion, cuyo nombre era Fr. Hilario de Asculi. Entrò èſte en la Iglesia antes de Maytines, à tiempo que Serafin eſtaba orando, y viò tanta luz, que rodeaba à Serafin, que todas las Lumbreras del Cielo, parecìa, que se havian juntado à iluſtrarlo. Fuè al punto à llamar à otro Religioso para teſtigo de eſta Lumbre; pero

nò quiso Dios, que huviesse otro, pues quando fuè acompañado, no hallò sino las tinieblas, que son proprias de aquella hora. Estas luces de Serafin quemaban, y atormentaban horriblemente à el Infierno; y aunque se empeñaban en impedirlas los Demonios, no conseguia su invidia sino ensalzarlo mas, siendo el estruendo de la guerra, que le hacian, Clarin sonoro, para publicar las glorias de èste Santo. Una noche, entre su mas profundo silencio, se oyò en el Convento vn estruendo tan espantoso, que dispiertos todos los Religiosos, solo los mas animosos se atrevieron à observar el sitio, donde se executaba: conocieron, que en la Iglesia, y entrando en ella, cessò el ruido; passaron à registrarla con animo, y hallaron à Serafin levantado muchos palmos de tierra en vn glorioso rapto, y no se pudo discurrir otra cosa, sino que el Enemigo moviò aquel ruido, para

eſtorvar, como siempre pretendìa, la oracion de Serafin; pero fruſtrado su intento, sirviò el ruìdo de publicar las glorias de quien lo atormentaba con su humildad.

Por èſta mereciò tanto eſte Santo, que el Espiritu Divino le quiso señalar como con el dedo, para que lo conociessen todos. Caminando Serafin en cierta ocasion, llegò à casa de vn Hermano de la Orden, que le hospedò; y haviendose retirado à vn Aposento, se entregò à la Oracion muy de espacio. Repararon los de la casa, que tardaba mucho el Santo en su retiro, y yendo vna muchacha à observar lo que el Religioso hacìa, viò, que eſtaba Serafin de rodillas, y que vna Paloma de rara blancura, y hermosura peregrina, andaba dando vuelos sobre su cabeza. Quedò la chica tan aficionada à la Paloma, que clamò à sus Padres, se la dieran. Fueron à vèr à aquella Ave, y desapare-

ciò assi que inquietaron la oracion del Santo; porque no era aquella Paloma otra cosa, que vna señal, ò especie, con que quiso manifestar el Espiritu Santo, que era Serafin lo que su nombre significa. Por esto con grande acuerdo se pinta vna Paloma sobre la cabeza de San Serafin, para que todos perciban, quàn distinguido es su merito. No me dilato mas en referir extaticos sucessos por la brevedad, aunque añadirè algunas visiones sobrenaturales, para llenar èste Capitulo.

Estaba nuestro Serafin vn dia muy aplicado à su estudio de Oracion, y el Maestro Divino quiso, que tuviesse especies claras de las materias mas altas, y assi le hizo patente la gloria de los Santos. Viò la Jerusalèn Celeste con todos sus Cortesanos, y viò lo que, segun San Pablo, no se puede reducir à terminos materiales de humanas vozes. Conociò entre

aquella Tropa tan lucida à los Padres de aquella Doncella Luisa, que fuè, como se ha dicho, el inſtrumento de su ingresso en la Religion Serafica, y para agradecerle el beneficio, que de ella havia recibido, le diò noticia de la felicidad, de que gozaban sus Padres. Y para que èſte tan eſtudioso Discipulo de la verdad supiera de todo, le hizo el Maeſtro Divino tambien patente la diſtancia, que ay del Cielo al Abysmo, pues le manifeſtò la formidable Carcel de los miserables Condenados. Viò sus indecibles penas, y sacò mucha eficacia, para aterrar con ella à los pecadores, à quienes reprehendìa continuamente, como yà queda expressado. Por eſto en vna ocasion, suplicandole vna muger de Asculi, que rogasse à Dios por su difunta Madre, le dixo assi: *No le valen à tu Madre los Sufragios, pues eſtà para siempre condenada; procura tu vivir mejor, para que no la acompañes.*

CAPITULO IX.

DEVOCIONES PARTICULA-res de el Santo.

ALGO quèda dicho de la ciencia, y estudio de Serafin; pero no determino proseguir, sin dàr noticia del Libro, por donde estudiaba. Este era Christo Crucificado, en cuya meditacion se ocupaba lo mas del tiempo. A èste fin hacia todos los dias sesenta y tres Consideraciones de la Passion del Señor, con tanta aplicacion, que todo se resolvìa en gemidos, y lagrymas. Una noche el P. Fr. Juan de la Peña, Religioso de especial virtud, observò, que estando Serafin orando en la Iglesia, empezò à cantar vn Verso del Hymno *Stabat Mater dolorosa*, diciendole à la Reyna de los Martyres assi: *Reparte conmigo las penas de tu Hijo, que se dignò*

digno de padecer tanto por mi: Tui nati vulnerati, tum dignati pro me pati, pœnas mecum divide. Y aquì fuè tal el golpe de lagrymas, suspiros, y exclamaciones dolorosas del Santo, que se quedò desmayado: y viendo aquel Religioso el deliquio, se fuè bañado en lagrymas, y assombrado. Ocasion huvo, que haviendo el Santo comulgado en la Missa del Jueves Santo, permaneciò junto al Monumento, sin moverse, hasta el siguiente dia, acabados los Oficios.

Era consiguiente à èsta devocion de la Passion, el afecto Serafico, con que reverenciaba su memoria en el Sacramento Augusto. Dificil es explicar los incendios, y extasis, que causaba la Sagrada Eucharistìa en èste Serafin. Casi todos los dias comulgaba con tan buena disposicion, que inflamado el rostro, y mucho mas su corazon en ardores Divinos, se quedaba arrebatado. Sus delicias eran

assistir al Incruento Sacrificio de la Missa, y tomò por empeño persuadir à todos èsta devocion, como lo comprueba èste caso. Gaspar Vallomei, Caballero de Asculi, viendose rodeado de negocios, determinò buscar tiempo, para evacuarlos, dexando la devocion, que tenìa, de oir Missa todos los dias. A nadie havia manifestado èsta determinacion, que solo reservaba en su pecho; y vn dia, que pensaba en esto, llegò Serafin, y despues de saludarle, le dixo: *O Gaspar, què vtil que es la devocion de oir Missa todos los dias! Mira, no dexes con algun pretexto devocion tan provechosa.* Quedò el Caballero admirado de vèr penetrado su interior; y viendo, que èste conocimiento en Serafin era dòn sobrenatural, abrazò el consejo de vn hombre tan ilustrado, y se confirmò en su devocion à la Missa quotidiana.

No huviera podido Serafin pene-

trar tan perfectamente los Mysterios de la Vida, y Muerte del Hijo, sino se huviera vàlido de su Madre Santissima, que es la Madre de la Sabiduria, y assi dirè algo de la especialissima devocion, con que la veneraba. Yà dixe, que en la Casa de Loreto concibiò Serafin el espiritu de perfeccion, que se fuè aumentando, al passo que la devocion à la Santissima Madre del Verbo Humanado; y assi, quando yà era Professo en la Religion, volviò en vna ocasion à Loreto, y se mantuvo catorce horas de rodillas ante la Reyna Soberana, tan ageno de sì mismo, que por mas que el Compañero le hablaba, y llamaba, para tomar alimento, solo atendia à tan gustoso Objeto como estaba contemplando: aunque no es mucho, que amasse tanto Serafin à la Señora, quando la havia visto claramente. Antes que saliera Serafin del Convento, donde

havia Professado, sucediò, que estando en oracion en vna Capilla de la Huerta, se le apareciò la Reyna de los Angeles, y atrahido de su eficacia, se elevò en cuerpo, y alma Serafin; y estuvo mucho tiempo levantado vna pica en alto en el ayre, contemplando aquella indecible hermosura, y gracia: y para que se viera la fuerza, con que se iba su corazon tràs la fragrancia de aquel animado Paraìso, permitiò Dios, que el Demonio le asiera de las plantas, y tiràra con toda su fuerza, para traèr à tierra à èste amante de la Virgen, pero no pudo con todo su conato desprenderlo de aquel amoroso rapto.

De èsta vision quedò Serafin tan prendado de la Señora, que en vna ocasion, para consolar à vn Sujeto terriblemente atribulado, le dixo assi: *Llevad con paciencia essas crueles aflicciones, y assi verèis en la Gloria*

la

La hermosura de Maria Santissima nuestra Madre, y Reyna, por cuya vista sola son bien empleados todos los trabajos. O què bella es! que la he visto por mis ojos. O Maria! O Maria! Dichoso mil vezes el que te viere eternamente. Esto dixo el Santo, manifestando tanto gozo, que llenò de consuelo à la persona, que le oia, y le convirtiò en dulzuras las amarguras de su animo. No contènto Serafin con ser devoto de èsta Divina Madre, procuraba, que lo fuessen todos, y assi les proponia intereses, para aficionarlos. Un enfermo, cuyo nombre era Ciambo, llegò à Serafin, para que lo curasse de vrias quartanas, y el Santo lo exhortò à la devocion de la Señora de el Carmen, cuyo Escapulario es practico signo de la salud, ordenandole, que ayunasse los Miercoles, para conseguir la pretendida gracia. Ayunò el enfermo el primer Miercoles, y

en

en el mismo dia se viò libre de su accidente. Assi prosiguiò dos años; pero al cabo de ellos, vn Miercoles, que faltò al ayuno, le volviò la quartana; y con èsta experiencia quedò Ciambo firme en la devocion, para experimentar los efectos de la que es causa de la salud del cuerpo, y de la alma.

Aumentaba Serafin la devocion de la Virgen, con la que tenia à su Esposo el Señor San Joseph, y assi cuidaba mucho, que à los niños, como yà dixe, les pusiessen èste nombre. Tenia experiencia tanta de la eficacia del Patrocinio de èste excelso Patriarca, que asseguró à su Director, que jamàs le havia negado el Señor cosa, que le pidiesse por la intercession de èste su Padre estimativo, ò fuesse para sì, ò para otros la gracia. Esto mismo decia la Serafica Doctora Santa Theresa de Jesvs, à quien Serafin imitaba.

CA-

CAPITULO X.

DON DE PROFECIA de San Serafin.

ENTRE las muchas luzes, que recibiò del Cielo Serafin, fuè excelente la luz profetica, con que lo adornò, para beneficio de las Almas. Haviendo llegado el Santo al Convento de Lauro, lo fueron à visitar dos Jovenes, el vno Antonio de Morro, y el otro Juan Lazzarini. Este segundo llevaba yà en el bolsillo la Licencia del Provincial, para vestir nuestro Santo Abito. El otro no se havia resuelto del todo à el Estado Religioso; pero Serafin, que veia los futuros contingentes desde lexos, le dixo à Lazzarini: *Aunque yà tienes la Licencia, puedes estàr cierto de que no tomaràs el Abito:* y luego hablando con Antonio, le dixo: *Tu sì,*

ò *Antonio*! *tu sì que seràs Capuchino.* Los sucessos comprobaron presto el vaticinio; porque Lazzarini se resfriò tanto en sus deseos, que hizo pedazos la Licencia, y Antonio se fervorizò de modo, que professò el Instituto Serafico entre los Capuchinos. En vna ocasion entrò Serafin à vèr à vn enfermo, que se llamaba Nicolàs Ciannavey, y hallò, que estaba la cama cercada de Religiosos, que lo auxiliaban, pues estaba yà espirando. Rompiò por medio de todos, y levantando mas la voz, que los Auxiliantes, llegò à el enfermo, y le dixo: *Capuchino, Capuchino has de morir, pero no aora, que no ha llegado tu plazo.* Caso raro! El moribundo empezò al instante à convalecer, hasta que perfectamente sàno, tomò el Abito Capuchino, y viviò, y muriò como perfecto Religioso. Una Señora muy noble, sobrina del Cardenal de Monte Elbere, padecia va-

rios molestos accidentes; causados de la pesadumbre, que tenìa, por la muerte de su hijo vnico. Estaba la Señora tal, que ni aliento tenìa, para buscar su remedio, y huìa hasta de la luz. No obstante esto, obligada de su marido fuè à vèr à Serafin, y el Santo, assi que la viò, le diò la bendicion con el Crucifixo, y con vn *Agnus Dei*, que traìa consigo, y despues encendiendosele el rostro tanto, que admirò à los circunstantes, empezò à profetizar de este modo: ,, Señora, le dixo, sabed, que ,, en muchas semanas no serèis atormentada de vuestros accidentes; ,, pero despues padecerèis algunas ,, quiebras de salud, para que logrèis ,, algun merito. Sabed tambien, que ,, tendrèis tres partos: el primero ,, ha de ser varon, y le pondrèis Joseph, para gloria del Santissimo ,, Patriarca: la segunda serà hembra, à quien haveis de llamar Ca-
,, tha-

„ thalina : y el tercero varon, à quien
„ diſtinguirèis con el nombre de
„ Francisco." Todo se cumpliò à la letra como el Santo lo predixo ; y, para mas evidencia de el prodigio, succediò, que haviendo llegado el parto de la hembra, no le pusieron por nombre Cathalina, sino Camila. Eſte defecto lo empezò à pagar la innocente al punto, porque se hallò posseìda de los Espiritus malignos. Llamaron à vn Sacerdote, para que los conjurara, y el Demonio, obligado de los exorcismos, declarò por la boca de quien no sabìa hablar, que el motivo de haver entrado en aquel tierno cuerpecito, era haverle negado el nombre, que le havia señalado aquel Fraylazo. Oìdo eſto, sus Padres reformaron el defecto, poniendole con toda la solemnidad debida el nombre de Cathalina, y al punto quedò la niña libre de la opresion diabolica.

Lucrecia Santucia estaba yà en los vltimos alientos de su vida, y à el mismo tiempo su marido yacia en otro aposento enfermo, aunque levemente. Vino vn Religioso para encomendar la Alma de la moribunda, y el Compañero era Fr. Serafin. Empezò el Sacerdote la recomendacion, y mientras se llegò Serafin à la enferma, y dandole à besar el Crucifixo, le dixo: *Lucrecia, alaba à el Señor, porque tu enfermedad no ha de terminar en muerte, sino en vida.* Luego se volviò el Santo hàzia el quarto, donde estaba su marido en la cama por vn ligero achaque, y dixo: *No le sucederà assi à el que està alli dentro, pues con brevedad morirà.* Admirable prognostico! La moribunda sanò, y el que estaba casi bueno, muriò à pocos dias. No prosigo por la brevedad; pero quiero, que todos sepan, que de estos casos, en que resplandeciò el dòn de pro-

profecia de Serafin, se puede llenar vn Libro, como se pueden vèr en nueſtras Chronicas, y en los diversos Escritores de èſte Profeta Santo.

CAPITULO XI.

MILAGROS VARIOS de el Santo.

AUNQUE, como se ha viſto, es vn continuo prodigio la vida de èſte Heroe admirable; y aunque no tenga mi pluma facultades, para diſtinguir los casos milagrosos, que llegan casi casi à innumerables, con todo esso apuntarè aquì algunos de ellos muy notables. Entrò en cierta ocasion Serafin à hablar al Gobernador de Asculi, que lo era entonces Marco Aurelio de Domo. Su platica se reduxo à suplicarle, que diesse por libre à vn Reo, que tenìa en la Carcel. El Gobernador, que era recto, temiò

faltar à la Juſticia, si hacia la gracia, y assi recurriò al Supremo Tribunal de la Gracia, à vèr, si la confirmaba con algun prodigio. Dixo assi à Serafin: *Hagamos vn concierto. Yo tengo en vna mano vna llaga incurable; librame tù de eſta enfermedad, y yo daré por libre à esse hombre.* Respondiò Serafin: *Si eſto es assi, preſto quedarà libre el hombre.* Y luego al punto sacò su Crucifixo, y le hizo la señal de la Cruz sobre la mano, y se despidiò. Aun no havia llegado Serafin à la escalera, y yà el Gobernador sentìa su mano sana; y viendo milagro tan patente, concediò sin escrupulo alguno la libertad al Sujeto por quien el Santo suplicaba. Una Señora joven, llevada de su golosina, comiò con demasia vnos Melocotones verdes, de que se le originò vn accidente mortal; y sin conocerse la causa, porque la ocultaba, llegò à terminos de espirar.

Vino

Vino vn Sacerdote Capuchino à auxiliarla, y por ventura trajo de Compañero à Serafin. Llegò el Santo, y dixo à la enferma, que hablara, y dixera, de què meteria era el Rosario, que llevaba en la mano. (era èste de huessos de Melocoton.) Respondiò al punto la que havia tiempo, que tenìa perdida la habla, y dixo: *Esse Rosario es de huessos de Melocoton.* Entonces dixo Serafin: *Yà has confessado la causa de tu enfermedad, procura arrepentirte, y agradecer à Dios, que te dà vida, para que le sirvas.* Todos admiraron lo que Serafin sabìa, pero mas lo que su oracion alcanzaba; porque immediatamente quedò la enferma sana.

Muy desconsolada se hallaba vna pobre muger, por faltarle la leche, para criar à su hijo, que à la sazon se hallaba muy enfermito de calenturas: buscò, y no hallò remedio en la Medicina, y por vltimo apelò à Fr. Se-

rafin; èſte le embiò vn Pan, que bendixo con la señal de la Cruz. Comiò la muger del Pan, y no solo le vino la leche abundante, sino que tambien sanò el chico al inſtante. De eſtos casos omito muchos, y passo à otra especie de enfermedades.

Un Sobrino de Serafin, llamado Hypolito, hijo de aquel Silencio, de que hemos hablado tanto, cayò en vna especie de furia tan diabolica, que como el demente mas frenetico, anduvo tres años por varias Regiones, llenando de horror à todos. Se discurriò, que eran hechizos la causa, y por vltimo determinò Silencio embiarlo à Serafin. Llegò el Sobrino à presencia de su Santo Tio, y èſte le hizo la señal de la Cruz sobre la frente. No huvo meneſter mas, porque al punto volviò en su juicio, conociò à su Tio, y bañado en lagrymas le diò las gracias, quedando en perfecta salud, y serenidad de animo.

CA-

CAPITULO XII.

APLAUSOS DE S. SERAFIN, sin detrimento de su humildad.

DE proposito he reservado la humildad de èste Santo, hasta decir algo de los honores, que le daban, no solo Dios, sino los hombrer. Yà Serafin no estaba para el Mundo en reputacion de inhabil; yà no le trataban como à Idiota; yà sì le veneraban como à vn Oraculo; yà le aclamaban à tropas los enfermos como à Medico famoso; yà se commovian las Ciudades à su arribo; yà hacian viage, para vèrle, los Señores, y Señoras de la mayor nobleza, yà se havian constituido por Panegyristas de sus heroicas obras muchos de los Eminentissimos Purpurados, como los Cardenales *Bernerio*, y *Bandini*; los quales publicaron, que

Serafin estaba dotado de todos los Dones de la gracia Divina; y todavia èste Varon humilde tenia tan baxo concepto de si mismo, que solo creia, que era vn loco, aunque tal vez se lo dixessen, para fondear su espiritu los Prelados. Como todos eran pretendientes de vèr, y venerar à èste Santo, sucediò, que vna tarde llegò à el Convento con acompañamiento grande: el Guardian lo notò, y le dixo: *Tù eres el Santo, y vienes tan tarde, y tan acompañado al Convento? Antes juzgo yo, que eres vn loco; y assi, quando la Gente te siga, has de gritar, y decirles: Señores, què es lo que hacèis, no veis, que seguìs â vn loco?* Oyò Serafin el dictamen de su Superior, y lo abrazò con tanto gusto, que à el siguiente dia, quando en la calle se acercaron à besarle el Abito las Señoras, y Señores, empezò à correr, y decir à gritos: *Señores huid de el loco, huid*

de

de mì, que lo soi. Se admirò el Concurso; pero el Compañero satisfizo à los que pudo, y se conociò, que la aparente locura era Obediencia verdadera de vna humildad profunda.

No era menester, que el Prelado le advirtiera, còmo se havia de hacer despreciable, porque su humildad lo impelìa à ello. Por esso quando comìa en las mesas de Señores de mas elevado caracter, yà esparcìa los huevos por la barba, al beberlos, yà pretendia tomar el caldo con tenedor, yà en fin discurrìa modo, còmo lo tuviessen por ridiculo, y se riessen de èl los circunstantes; y si encontraba alguno, que lo despreciasse, no solo no se indignaba, sino que lo defendia, como si le hiciera vn beneficio muy grande.

Un dia encontrò à Serafin vn Religioso de otro Orden, y lo tratò de hypocrita, diciendole, que engañaba à Dios, y à los hombres. El Santo

le

le respondiò , que èl era vn gran pecador ; pero que Dios no podia ser engañado; y assi le suplicaba , que rogàra por èl à su Mageſtad en sus oraciones. Llevaba Serafin por Compañero en èſta ocasion al P. Pacifico de Montechio , el qual quiso sacar la cara , para tomar satisfaccion de aquel desprecio ; pero lo contuvo Serafin , diciendole , que lo que havia dicho en su desprecio aquel Sujeto , era lo que mas debia apreciarse.

Ni es de admirar eſto , quando èſte humilde Varon eſtaba fixo en el concepto ; de que èl era el mayor pecador , que havia sobre la tierra: y assi decìa, que serìa vna gran misericordia de Dios tenerle por sus pecados en el Purgatorio haſta el dia del Juìcio, y no arrojarlo à los Abysmos eternamente. Por eſto se confundìa tanto de que lo tuviessen por Juſto, que no sabiendo, que hacerse,

para deshacer èſte concepto, yà trabajaba, por ocultar los milagros, quanto le era possible, y yà tambien por ocultar la virtud, llegaba à pretender, que su oracion la reputassen por sueño.

CAPITULO XIII.

AMOR DIVINO, QUE CONsumò la vida de eſte Serafin.

AEL passo, que èſte Varon humilde se aborrecia evangelicamente, y se despreciaba, apreciaba, y amaba à el Summo Bien; y como le parecia nada todo lo que hacia en su obsequio, se deshacia en deseos de servirle. Yà contaba sesenta y dos años, y eſtaba con tanto brio, que se arrojò à los pies del General, que era entonces de la Religion Capuchina, el Venerable P. Fr. Lorenzo de Brindis, à quien suplicò con afectuo-

bas lagrymas, que lo assignasse por Compañero de alguno de los Missioneros, que iban entre Infieles, para solicitar su conversion; porque à la verdad, Serafin se abrasaba en llamas de amor, y no podia parar, sin derramar la sangre por su Amado. Este deseo del Martyrio lo martyrizaba mas, y mas quando oyò, que el Rmo. y Venerable P. no assintiò à sus pretensiones. Quedòse en fin Serafin Martyr de deseo; pero con tanto fuego de amor en su pecho, que no havia obra de virtud heroica, à que no se arrojasse, no havia impossible, que no venciesse. Uno de los mas repugnantes actos, que havia para èste humilde espiritu, era dàr algunas particulas de sus remiendos, que le pedian los principales Señores de la Ciudad, con animo de tenerlas por Reliquias de Santo: esto le enojaba mucho, como se verà en èste caso.

Un Caballero de Asculi, llamado Vicente Gineſtra, llegò en vna ocasion à Serafin, y le quitò con violencia, porque no lo permitìa dàr, vn remiendo del Manto, que eſtaba medio colgando. Huyò al punto con el piadoso hurto, y Serafin le siguiò con tanto empeño, que recobrò de el ladron devoto su pedazo de Manto. Quedò el Caballero corrido; pero prosiguiò pidiendole aquella parte de Sayal, porque era, decia, para venerar el Abito Francisco: no pudo con todo eſto conseguirlo, haſta que recurriò à motivo mas elevado, y dixo assi à Serafin: *Dame esse pedazo de Sayal por amor de Dios.* Lo mismo fuè oir el amor de Dios el Serafin, que se le encendiò el roſtro como vna asqua, y le alargò el remiendo, sin poder resiſtir à tal amor toda su repugnancia.

Eſte mismo amor le tenia tan sujeto à los preceptos Divinos, que no

havia para èl materia leve. En cierta ocasion se empeñò vna Señora en persuadirle, à que dixera vna mentira leve, para evitar, como ella decia, gravissimos inconvenientes; pero lo mismo fuè oir mentira Serafin, que exclamò: *O Señora! què haveis dicho? decir vna mentira? Mas bien sufriera el Infierno, que admitir en mi animo vna culpa, y resfriar la charidad: quièn se ha de atrever à disgustar à vn Dios tan amable?* Assi prosiguiò, haciendole vn largo discurso sobre la malicia del pecado, por mas que sea venial: y la Señora quedò, viendo claramente la innocencia de vna pureza Angelica en Serafin.

Con tanta pureza de vida havia guiado el amor à èste Santo por sendas muy rectas para la Gloria; y disponiendo el Señor yà mostrarle su Reyno eternamente, le diò con tiempo el aviso, en fuerza de el qual,

prog-

prognosticò su muerte, y la declarò algunos meses antes, que llegasse, à vn Sacerdote llamado Federico Ferri, y despues à otros. En fin, conociendo, que no le quedaban yà mas que tres dias de peregrinacion, fuè à visitar à vn amigo, que estaba para morir; y tocando con los dedos en vna mesa, que estaba junto à la cama del enfermo, como si tocàra algun instrumento Musico, dixo con mucho gozo èste Invitatorio: *Amigo, vamos al Cielo los dos, dèmonos prisa, para entrar en aquel descanso, que nos tiene Dios prevenido.* Este mismo dia por la tarde hablò el Santo al Medico, y le descubriò, que havia muchos años, que padecia vn dolor en el pecho, y yà le apretaba mucho. El Medico oyò la relacion del enfermo, y no entendiò la enfermedad, le pareciò, que no havia allì cosa de cuidado.

No por esto se descuidaba vn pun-

to el Santo de disponerse, y assi que amaneciò el dia doce de Octubre, hizo vna Confession general, en que no tuvo materia grave, que absolver el Confessor; pero con tanto dolor, y lagrymas, con tanto fervor de espiritu, que se abrasaba en ansias de llegar à vèr lo que tan vivamente havia siempre creido. Llegò en fin la tarde, y Serafin suplicò, le administrassen el Viatico, porque instaba la partida de èste destierro à la Patria. Resistia el Prelado, diciendo, que no era tiempo, y que el dia siguiente por la mañana podria Comulgar; pero el Santo replicò assi: *No ay para mi mañana, porque he de morir esta misma tarde.* Afirmò esto con tanta seguridad, que el Prelado no se atreviò à negarle lo que pedia con tanta instancia. Recibiò el Sacramento admirable puesto de rodillas en la Celda, y se encendiò tanto en amor Divino, que era admira-
cion

cion de los Serafines. Yà se iba à desprender su espiritu de las prissiones de la carne, y ni el Medico, ni el Prelado querian, que se le administrasse la Extrema-Uncion, porque no veian en èl señal alguna de muerte; pero Serafin, permaneciendo de rodillas, abrazò el Crucifixo, para auxiliarse, y les dixo à los Religiosos, que tendrian que andar de priesa, para dàrle el Sacramento, que le diferian para otro lanze. Empezò à suplicar à el Señor Crucificado, que hablasse por èl, pues no le daban credito à el anuncio de su transito, y à el punto se mudò de color, y empezò à dàr señales de mortal, y se verificò la priesa, que havia dicho, pues corriendo, le traxeron el Santo Oleo. Ungido yà Serafin, y reclinado sobre la tarima, que le servia de cama, y apretando en la mano el Crucifixo, que siempre havia sido su Compañero inseparable, le entre-

gò su vltimo aliento, y muriò de amor, segun se puede colegir, porque no sabemos mas enfermedad, que aquel dolor en el pecho, que los Medicos no entendian; pero sea lo que fuere de esto, lo cierto es, que fuè su muerte preciosa à los ojos de aquel Señor, à quien tanto Serafin amò, y eternamente le ama, y goza. Sucediò èste feliz transito el dia doce de Octubre del año de mil seiscientos y quatro, quando tenia de edad el Santo sesenta y quatro, y de Religion quarenta y seis.

CAPITULO XIV.

DE LO QUE SUCEDIÒ despues de muerto el Santo.

MUCHO temieron los Religiosos el gran concurso del Pueblo, que havia de traer à el Convento la noticia de la muerte de vn Varon

tan amado de Dios, y de los hombres, y assi todo su estudio lo pusieron en ocultarla; pero Dios la quiso manifestar para su gloria, y el caso fuè de este modo: El siguiente dia muy de mañana, quando toda la Ciudad estaba en reposo, y nadie sabìa lo que havia passado en Capuchinos la tarde antes, se levantò de improviso vn viento tan fuerte, que con su ruido dispertò à todos. Salian à las puertas, y ventanas assustados, quando oyeron, y vieron à tropas los muchachos, que clamaban en vozes altas: *Ha muerto el Santo en Capuchinos: Fr. Serafin ha muerto.* Bien se puede colegir, qual serìa la commocion de la Ciudad à èsta novedad: todos à vna, Nobles, y Plebeyos, corrieron al Convento. La Ciudad embiò siete Señores de la primera Nobleza para custodia de el Cadaver, y despues fuè el Ilustrissimo Senado con toda ostentacion à ve-

venerarlo. Se dispuso todo lo respectivo à aquel caso, y el Cuerpo estuvo expuesto en la Iglesia, exhalando vn olor tan suave, y prodigioso, que haviendolo examinado con prolixidad, especialmente dos Sujetos doctos, el vno vn Señor Canonigo, y el otro el R. P. Prior de Santo Domingo, confessaron, que aquel olor era sobrenatural ciertamente.

Con mucha industria, y cautela se logrò hacer el Entierro de noche, por evitar el tumulto de la Gente; y despues que le mudaron diversos Abitos, para satisfacer à la piedad, que pedia algunas particulas de ellos: despues de haver obrado muchos milagros: y despues de haver registrado el Cadaver, que estaba tan flexible, y suave à el tacto, como el delicado cuerpo de vn niño, le dexaron en el Sepulcro con la possible veneracion, y decencia.

Apenas amaneciò el siguiente dia, quan-

quando vn numeroso concurso estaba yà à las Puertas del Convento; pero sabedores, de que el Cuerpo de San Serafin estaba yà en el Sepulcro, lo hizieron glorioso con las veneraciones. Los Sujetos circunspectos se oponian à èste, que llamaban indebido culto; pero los continuos milagros, que Dios obraba por su Siervo, les quitaba el escrupulo de invocar à quien tan poderosamente los socorria.



CAPITULO XV.

MILAGROS DE S. SERAFIN despues de su muerte.

MUCHOS eran los zelosos, que murmuraban del aprecio, en que se tenìan las Reliquias de Serafin; y para convencerlos, obligò el Todo Poderoso à los Espiritus infernales, que publicàran à su despecho la gloria eminente de èste Santo tan humilde. Felix Monti, Sujeto de mucho credito en Asculi, traìa siempre consigo vn pedazo de la Cuerda del Siervo de Dios. Entrò cierto dia en vna casa, donde havia vna muger espirituada, y al punto exclamò èsta: *Yo sè, que este, que entra, trae en el bolsillo vn no sè què de vn Frayle.* Estaba presente vn Sacerdote, y vsando de los acostumbrados Conjuros, obligò à el Demonio, à que decla-

rasse, que lo que llevaba aquel Caballero en el bolsillo, era vn pedazo de Cuerda de San Serafin; y despues de esto empezò el infeliz Espiritu à dàr tristes lamentos, diciendo assi; *Ay de mi! que Serafin està en la Gloria, y ha logrado el lugar vecino à San Francisco, de donde yo fuì precipitado. Hà! què Trono tan sublime ocupa por su humildad profunda! Ay, ay de mì!*

Otro semejante caso sucediò en Monte-Alto. Havia en èsta Ciudad vna Señora posseìda del Demonio, y quando la llevaban à los Templos, para exorcizarla, pasmaba à los circunstantes, si havia delante algunos Griegos, porque hablaba la lengua Griega (que la Señora espirituada ni havia oido antes siquiera) con tanta perfeccion, que era evidente, que el Diablo era quien hablaba. En fin, llegò el caso, que vn exorcismo obligò tanto à el Espiritu diabolico,

lico, que se viò forzado à decir, que solamente Fr. Serafin de Asculi podia sacarlo de aquel cuerpo, que posseìa; y prosiguiò con vna voz lamentable, diciendo: *Ay! que està Serafin en el Cielo ocupando el Trono vecino à San Francisco. Assi me lo hace conocer el Dios de las venganzas, para castigo de mi soberbia.* Con esta noticia, todos le aconsejaban à la Señora, que passasse à Asculi, para venerar el Sepulcro de Fr. Serafin; pero no daba credito la Señora à el Padre de la mentira, y aquella noche se le apareciò glorioso Fr. Serafin, y le dixo: *Que si no daba assenso al Diablo, lo creyera à èl, y fuera â su Sepulcro.* A el otro dia se puso en camino la Señora, y visitando el lugar, donde descansaba el Cuerpo de Serafin, quedò libre de la opression diabolica. Estos casos tienen, à mi vèr, bastante fuerza, para que creamos la gloria tan elevada,

que goza eſte Santo, pues ſu Trono es el immediato à el Seraſico Patriarca. Y volviendo à los milagros, digo, que ſi quando vivo Seraſin, daba salud, quando muerto, daba la vida à los Cadaveres. El del Santo eſtaba todavìa en el Feretro, quando sucediò èſte caso. Una noche vna muchacha ahogò en la cama à vn niño de seis meses: la Madre, que oìa los prodigios de San Seraſin, que aquel dia se enterraba, llamò à el Santo de todo corazon, y en el mismo inſtante resucitò el niño: y viendo el prodigio, fuè con el resucitado à el Convento à dàrle las gracias.

En vna Aldèa de Asculi, llamada Spinitelli, vivìa Julio Maranci, y vna hija suya, niña de dos años, que se llamaba Maria, cayò en vn pozo muy profundo, yà havia mas de media hora, y el cuerpo de la muchacha se havia hundido dos vezes, y otras tantas vuelto à subir sobre la

agua,

agua; y se miraba boca abaxo encima de ella sin movimiento; por fin con vna escalera la sacaron, y yà tenìa la cara negra, y el cuerpo hinchado, no huvo duda alguna, que estaba muerta; entonces los Padres de la niña clamaron à San Serafin, y le hicieron vn Voto. Caso admirable! En el mismo instante se levantò la niña buena, y sana, de buen color, y se puso à jugar, como si despertàra de vn sueño.

A Juan Thomàs Scarpari, al passar el Rio Aso, lo arrojò el Cavallo espantado à tierra, y diò con vna de las sienes en la punta de vn peñasco tan fuerte golpe, que llegando los Compañeros, que llevaba, lo hallaron espirando: observaron, que diò la vltima boqueada, y quedò cadaver, Los Compañeros, que eran muchos, y vn hermano del difunto entre ellos, empezaron à invocar diversos Santos: yà à el Serafico Patriarca

San

San Francisco: yà à San Francisco de Paula: yà à San Antonio: y haviendo passado assi casi vna hora, sin observar novedad en el muerto, vno de los concurrentes invocò à San Serafin, y todos pueſtos de rodillas, empezaron à clamarle, y le hicieron vn Voto. En èſte mismo punto se viò el prodigio; porque Juan Thomàs de repente se levantò, no solo vivo, y sin señal de la caìda, sino tan robuſto, y alegre, que prosiguiò su viage, como si nada huviera passado.

Porcia, muger de Sebaſtian Cacarello, padeciò el suſto mayor, y mas grande desconsuelo vna noche, que viò entrar en su casa à la Juſticia, que venia à prender à su marido, innocente de vn delito, que le imputaban. En èſte aprieto invocò à el Santo Serafin, à quien tenia devocion grande: y ved aquì, que de improviso se aparecieron muchos Clerigos, y Religiosos, que quitaron de las

manos de los Miniſtros de Juſticia à dicho hombre. Quedò libre el marido de Porcia, y poco despues se le aparecieron N. S. P. S. Francisco, y San Serafin, y le dixeron: *Porcia, nosotros alcanzamos de Dios, que embiasse à los que libraron à tu marido: y aora te advertimos, que si quieres tu librarte de la muerte, que te amenaza, dexes los veſtidos de gala, que vsas, y te cubras de vn Abito de nueſtro Orden.* Obedeciò la muger à el punto, y de allì à poco se viò el peligro, en que eſtaba; porque prodigiosamente arrojò vn muchacho muerto, y casi podrido yà, que tenìa en el vientre, y exhalaba vn olor insufrible; pero aunque ella quedò libre, sentìa vivamente la perdicion de la alma del niño su hijo, y confiada en los meritos de San Serafin, lo invocò, para que le diesse vida, en que pudiesse recibir el Bautismo; Caso pas-

pasmoso! Al inſtante resucitò el niño, recibiò el Bautismo, y luego volviò à morir yà Chriſtiano. Despues se le volviò à aparecer San Serafin, y le dixo, que èl havia alcanżado de Dios la salud para ella, y para su hijo la vida, mientras le bautizaban; y assi, que procuràra ser agradecida à el Señor, que con tantas marabillas le havia favorecido.

De los prodigios de èſta classe, que hizo el Santo, resucitando muertos, se hallan veinte y dos en los Processos, que con admiracion viò la Sagrada Congregacion.

Conclùyo con èſte caso, por sus especiales circunſtancias. En nueſtro Convento de Capuchinos de Gesso, que es del Abruzzo, eſtaba vn Seglar enfermo, cuyo nombre era Scipion Francisco. Hallabase vna noche muy fatigado, quando viò entrar en su Celda vn Capuchino, à quien no conocia, y que tomandole vna ma-

no.

no, le dixo: *Yo soy Fr. Serafin de Monte-Granario, resuelvete à ser mi devoto, y mucho mas de la Madre de Dios, y yà estàs sano.* Al punto se hallò bueno de el todo aquel hombre. Notado èste sucesso prodigioso, passarè à referir el que prometi.

En Torricella, que es tambien del Abruzzo, estaba Marsilio Boreca muy apretado de vnas Tercianas malignas, y dobles. Se encomendò afectuosamente à la Reyna de los Angeles, y à N. S. P. San Francisco, de quien era especial devoto; y vna tarde, que hacia con mas fervor la suplica à el Serafico Patriarca, tuvo èsta vision: Pareciale, que estaba en el Convento de Capuchinos de Gesso; y que veìa à N. P. S. Francisco en Abito Capuchino, el qual le reprehendiò por algunas culpas, y principalmente le avisò, que no se havia confessado bien, y dicho esto, se iba.

Clamò el enfermo, diciendo: *O Padre Serafico! Te vàs sin dàrme salud, para confessarme bien?* Entonces volviò la cara N. P. S. Francisco, y le dixo, que le siguiera. Lo llevò à el Refectorio, que estaba lleno de Religiosos Capuchinos, puestos en pie en dos filas. Luego, que llegò, se echò el Capucho el Santo Padre, y extendiò los brazos en Cruz, y manifestò sus cinco Llagas, que despedian mas luz, que el Sol à medio dia, llamò entonces el Serafico Patriarca à vn Religioso, redondo de cara, de barba blanca, de color rojo, de cabeza mas grande, que mediana, todo calvo, y el rostro risueño, y le encargò, que cuidasse de dàr salud à Marsilio. Deseaba èste saber, còmo se llamaba aquel Religioso encargado de su alivio, y preguntandolo, le dixo vn Religioso de los que estaban allì, que fuesse à el Convento de Capuchinos de Gesso el dia de

la

la Assuncion de Maria Santissima Madre nuestra, y preguntasse, quièn havia dado salud à Scipion Francisco, y que entendiera, que èl mismo, que havia curado à Scipion, esse era el que lo havia sanado à èl. Desapareciò la vision, y Marsilio quedò confuso, si serìa ilusion la que havia tenido; pero experimentando, que estaba perfectamente sano, y robusto, para acabar de confirmarse en la verdad del milagro, marchò à Gesso el dia de la Assuncion, y llegando à el Convento de Capuchinos, preguntò por Scipion Francisco, à quien èl no conocìa, y hallò, que à èste lo havia sanado, como yà dixe, San Serafin de Monte-Granario; de donde vino à quedar cierto, que San Serafin era el Religioso, à quien el Serafico Padre San Francisco havia encomendado su curacion.

O gloria de Serafin! No solo milagroso, sino tanto, que nuestro

Santo Padre se empeña en cederle la gloria de èste prodigio; valiendose de èl, para sanar à su Devoto: aunque claro està, que es mas gloria del Patriarca Serafico tener por Hijo vn Serafin tan portentoso.

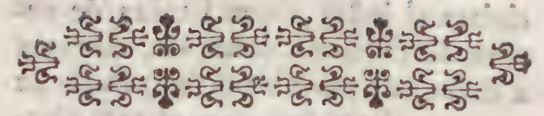
Assi iba yo engolfado en èste Occeano de milagros, quando me vi obligado à salir a la orilla, y poner termino à mi Hiſtoria, confessando, que no es para mi inhabilidad reducir à tan breve Particula tan dilatado Cuerpo; solo dirè, que si se buscan prodigios, salud para los enfermos, vida para los muertos, libertad à los encarcelados, y à los posseidos del Demonio; consuelo, y alivio en qualesquiera calamidad, recurran todos à San Serafin, pues no solo en vida, sino despues de su muerte, y solo con el Azeyte de su Lampara, es vniversal remedio de todos los males, tanto, que se viò obligado vn favorecido de èſte Santo

à exclamar assi: *Omnia poteſt Oleum Sancti Seraphini cum fide.* Si ay fè en quien pretende el favor, todo lo puede el Azeyte de San Serafin. Arda, pues, la devocion à èſte Serafin, para que luzca su merito, à gloria de el Todo-Poderoso, à quien de todo se deben las gracias.

LAUS DEO.



PAR-



PARTICULA SEGUNDA.

CAPITULO PRIMERO.

NACIMIENTO, Y VIDA Seglar de el B. Bernardo de Corleon.



N la Isla de Sicilia ay vna populosa Ciudad con nombre de Corleon, diſtante de Palermo veinte y quatro millas. El nombre, que la Ciudad goza, lo expressan vivamente sus Armas, y Timbre, que es vn Leon, que entre sus garras aprieta vn corazon, y parece, anun-

ciaban el lustre, que havian de recibir de el Heroe valeroso, que voy à delinear: no porque fuesse solo de corazon alentado, para el mas diestro juego de la Espada, sino porque adquiriò tanta fortaleza, como resplandece en la victoria, que de sì mismo alcanzò con las armas de vna inaudita penitencia: siendo verdad Divina, que es mas èste valor, que el de las corporales fuerzas; porque es mas heroicidad rendir à el Mundo, abreviado en el animo de vn hombre, que conquistar las mas fuertes Ciudades: *Melior ::: qui dominatur animo suo, expugnatore vrbium.*

Este valor heroico tuvo el Beato Bernardo, que naciò en la referida Ciudad de Corleon. Sus Padres fueron Leonardo Latini, y Francisca Latini, Sujetos piadosos, y de virtud, aunque de tan escasa fortuna, que solo llegaron à posseer las conveniencias, que puede rendir vna

tien-

tienda de Zapatero. El nombre, que recibiò en el Bautismo el recien nacido, fuè el de Felipe, à quien criaron sus Padres en temor de Dios, y muy honradas costumbres. Assi que tuvo competente edad, lo aplicò el Padre à su Arte, para buscar honradamente la vida. Cumplìa Felipe exactamente con su Oficio; pero los espiritus generosos de su valiente corazon lo impelìan à otro Arte, de que es el instrumento la Espada. Muerto el Padre, se dexò llevar el hijo tanto de su inclinacion, que en breve Felipe adquiriò fama de valiente en el Reyno de Sicilia. Se decia comunmente, que no havia otro mas diestro en jugar la Espada, no porque huviera cursado las Escuelas de la Gladiatoria, sino porque era èsta vna habilidad, de que lo havia dotado la naturaleza.

En èste mismo tiempo daba yà Felipe pruebas de la virtud, que iba

adquiriendo con la gracia Divina; porque de tal modo templaba los ardores de su corazon, que jamàs provocò à otro à pelear, y solo provocado salia al desafio: en lo primero se veìa su virtud: en lo segundo todavia era vicioso; aunque se iba disponiendo para grandes obras, con muchas loables, en que se ocupaba. Era muy frequente en vna Iglesia de San Andrès, donde adoraba con mucha ternura vna devota Imagen de Chriſto Crucificado, para cuyo Culto coſteaba vna Lampara, y le consagraba vn Fieſta annual con la mayor solemnidad, que sus medios alcanzaban. Allì recibia los Santos Sacramentos con frequencia, y era Varon de tanta misericordia, que siendo Pobre, pedia limosna, no para sì, sino para socorrer à sus Proximos. Y en fin, empleando tambien en eſto su Espada, salìa por las tardes, quando volvian del Campo los

Labradores pobres, y los defendìa de algunos Soldados, que havian tomado el vicio de robarlos.

Pero quando mas dieſtra, y limpiamente manejò el azero, fuè quando vnos insolentes hombres quisieron violar la pureza de vna Doncella, à la qual defendiò Felipe con su virtud valerosa. Tanto fuè el amor, que siempre tuvo à la caſtidad, que quando le hablaban de tomar eſtado, respondìa, que èl no intentaba tener otra esposa, que la Cuerda del Serafico Padre S. Francisco, la qual tenia colgada sobre la cabezera de su cama.

Eſta afectuosa devocion à nueſtro Serafico Padre, le fuè disponiendo para su conversion perfecta, que tuvo principio assi: En diversos desafios, à que le havian provocado, havia Felipe herido à algunos Sujetos, y con especialidad havia dado tan feroz golpe à vno, que le dexò para

siem-

siempre lisiado de vn brazo. Estos golpes eran aldabadas, que le llamaban à la penitencia; y temiendo los riesgos de perder su alma, si perseveraba en el siglo, se resolviò à tomar puerto seguro en la Religion Serafica. Despues de muchas instancias, y pruebas de su vocacion, logrò recibir de el P. Provincial Fr. Francisco de Alcamo la Licencia, y se partiò gustoso para el Convento de el Noviciado, que estaba en Caltanisseta. En aquel viage se le apareciò el Demonio en figura de vn negro, y horrible Mastin, dandole furiosos ahullidos, y assi lo siguiò todo el camino, porque pretendia impedir los progressos admirables de la virtud de aquel Joven. No lo conociò Felipe, hasta que llegò à vna Cruz, que estaba en la Puerta del Convento, porque entonces desapareciò subitamente; y assi entendiò, que aquel Perro negro era el Diablo, que le

pre-

presentaba guerra, para la qual se previno desde aquel lance.

CAPITULO II.

VIRTUDES DEL BEATO Bernardo desde que tomò el Abito.

EN el año de mil seiscientos treinta y dos, dia de la gloriosa Virgen, y Martyr Santa Lucìa, quando yà contaba Felipe veinte y siete años de edad, se vistiò nuestro Santo Abito Capuchino, y mudò el nombre de Felipe en Bernardo. Siendo Novicio peleò valerosamente contra los Principes de las tinieblas, que por permission de Dios le hicieron cruda guerra, especialmente quando se daba à la Oracion, entonces se le aparecian en figuras espantosas, y le daban tan fuertes golpes, que toda su vida perseveraron en su cuerpo las

señales. No pudiendole vencer el Demonio por sì, tomò por instrumento à vn Novicio relaxado, que despues dexò el Abito, y èste tomò por empeño persuadirlo, à que se volviesse à el siglo, proponiendole mil aparentes razones; pero de todo triunfò el valeroso Bernardo, y hizo su Profession con especialissimo fervor, y gozo de la Comunidad, que conocia en el Novicio admirable ànimo, para llegar à la perfeccion mas alta.

En todas las virtudes fuè valiente, y para decir algo de su Obediencia, me basta notar, que fuè obediente hasta la muerte, y mas allà, como prueban estos dos casos. El vno fuè, que vn dia de la Epiphanìa le mandò el Prelado, que dexando el rigor de su acostumbrado ayuno, comiesse vn poco de requesòn, que se havia puesto à la mesa. Advirtiò Fr. Bernardo el daño, que le podia causar aquella comida; pero no atreviendo-

se à faltar à el mandato del Superior, comiò, y le coſtò la vida, pues despues de la comida le assaltò vna calentura tan fuerte, que à ella rindiò el aliento vltimo.

El otro caso passò assi. Haviendo muerto yà el Beato, passò à venerar su Cadaver el Principe de la Catholica, y pidiò à el Guardian del Convento, que le diesse por Reliquia vn diente de aquel Varon prodigioso. El Prelado dispuso, que vn Cirujano se lo sacasse de la boca; pero no pudo èſte con todas las diligencias de su Arte. Viendo eſto el Guardian, le hablò à el Cadaver assi: *Fr. Bernardo, assi como fuiſte obedientissimo en vida, lo has de ser despues de la muerte; y por tanto te mando, que te dexes sacar de la boca el diente.* Dicho eſto, llegò el Cirujano, y lo hallò yà fuera de la encia, con que no tuvo, que hacer, sino dàrselo à el Guardian, porque yà la

obe-

obediencia de Fr. Bernardo se lo ponia en las manos. De estos casos se puede bastantemente colegir la perfeccion de su obediencia en vida.

De la Pobreza, què dirè! Yo no puedo decir mas, que lo que dixo vn Religioso docto, hablando de Fr. Bernardo; y fuè, que asegurò, que le parecia, que igualaba en èsta, y otras virtudes à nuestro Serafico Padre San Francisco. Mucho decir es; pero es lo cierto, que Fr. Bernardo fuè entre los Pobres pobrissimo, y tanto, que pareciendole muy precioso vn candil ordinario de laton, no lo vsaba sino de barro. La servilleta, y pañuelo lo tenìa todo en vna pieza, y èsta era vn pedazo de rudilla: à èste tenor todo lo demàs, que irèmos viendo en su vida.

Para conservar el precioso thesoro de la Castidad, se puso en armas con tanta vigilancia, que jamàs mirò à la cara à muger alguna. En vna oca-

ocasion estaba, de orden de el Guardian, hablando con la Princesa de la Catholica, y vna de sus Damas se acercò mas, que era menester, à Fr. Bernardo, el qual se abochornò à el punto, y fuè corriendo à postrarse ante el Santissimo Sacramento, para encomendarle su alma. Advirtiò esto la Princesa, y le dixo à la Dama: *Muger, eres el Diablo, que assi huye de ti Fr. Bernardo?* En otra ocasion vna muger, yà de sesenta años, que estaba hablando con èl, por casualidad le tocò con vn dedo de la mano, y el Siervo de Dios diò vn grito tan espantoso, que la pobre muger cayò desmayada. A estas retiradas añadìa Fr. Bernardo, para lograr la victoria, las mortificaciones, que despues dirè: y assi quedò en tal paz, que ni el Demonio intentaba perturbarlo por èste camino, porque conocia la impossibilidad de vencerlo. Con todo esto, no dexaba Fr.

Ber-

Bernardo las armas, y el escudo, y assi, aun quando dormìa, se ponia sobre el pecho la calabera de vn difunto.

Assi como era valeroso, para defenderse, se alegraba tambien, de que sus Hermanos lo fuessen: por esto en vna ocasion le revelò el Señor, que vn Religioso Sacerdote de nuestro Orden havia alcanzado el triunfo en vna solicitacion, con que vna muger le combatiò: y fuè tal el gozo de su corazon, que saliò à recibirle à la Puerta de el Convento, dandole muchas bendiciones por su valor.

CAPITULO III.

DE LOS AYUNOS de el Beato.

YA es ocasion, que vaya descubriendo las armas, con que èste valiente Hombre peleaba, para tener

tan vencida la carne; y empezàndo por el ayuno, pudiera concluir en vna palabra, diciendo, que fuè perpetuo; pero descubrirè algunas circunstancias, que lo hicieron mas admirable. No solo ayunaba todas las Quaresmas de nuestro Padre S. Francisco, sino que las Vigilias de las grandes Fiestas, los Viernes de Quaresma, y el Triduo de la Semana Santa, no comìa totalmente. En los vltimos quince años de su vida, no comiò sino pan, y agua en corta cantidad, y quando comiò el requesòn por Obediencia, le costò la vida. Nunca cenò, ni hizo colacion: el pan, que buscaba, para su preciso sustento, era el mas duro, y de los pedazos, que à otros sobraban; se abstenia de el Vino con tanto cuidado, que instandole à que lo vsasse, respondiò: Primero tragarè vn carbon encendido, que la mas minima gota de Vino,

Aun-

Aunque he dicho, que ayunaba à pan, y agua, no he declarado la agua que bebia; porque es cierto, que la bebida de èste valiente Varon, era vna de las penitencias, en que no le hàllo semejante. En la fuerza de los Caniculares llevaba à la mesa, para beber, agua hirviendo con Agenjos, que estaba tal, que vn Religioso la quiso probar, y con vn buche, que no acabò de tomar, se abrasò la boca: y para dàr mas guerra à su apetito, lo que hacìa, era, llevar à la boca lo que le parecìa mas sabroso, y sin probarlo, lo dexaba.

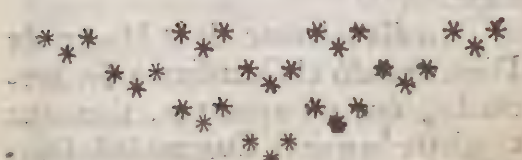
Por corona de estos admirables triunfos, que alcanzaba de el sentido del gusto, lo regalaron con suavissimos manjares los Reyes de el Cielo, Christo bien nuestro, y su Santissima Madre. Un dia estaba el Siervo de Dios comiendo en el Refectorio, y entrando Monseñor Plata, Inquisidor, advirtiò, que Fr. Bernardo despedìa de

de su roſtro admirables rayos de luz. Se persuadiò, que entonces eſtarìa el Beato recibiendo algun especial favor de Dios, y con deseo, de que se lo descubriesse, lo llamò à parte, y le obligò à ello con la authoridad, que su Dignidad le daba. El Beato con harta repugnancia, se viò obligado à declarar el favor; y dixo al Inquisidor, que en aquella ocasion se le havia aparecido Chriſto Señor nueſtro, y que tomando vn pedazo de aquel Pan, que tenia delante, lo aplicò à la Llaga de el coſtado, y tiñendolo en su propria sangre, se lo aplicò à la boca, y lo exhortò à perseverar en su abſtinencia, y que fuè tan indecible el guſto, que sintiò, que se llenò de celeſtial dulzura su alma.

Un dia solemne de la Madre de Dios, mandò el Guardian à Fr. Bernardo, que no ayunasse, sino que comiesse lo que la Comunidad. Obe-

deciò puntualmente, y le dixo à el Refitolero, que para hacer la mesa mas esplendida, fuesse à su Celda, y le traxesse vna redomita de leche, que hallaria detràs de vna tablita.

Fuè el Religioso, y la traxo, y porque no se escandalizàra, se viò obligado à decirle, que aquel era vn regalo, que le havia hecho la Reyna de los Angeles, y querìa recrearse con èl aquel su dia tan solemne. Assi tuvo cuidado la Madre de el amor hermoso de endulzar los labios de èste otro Bernardo, para que no obstante la amargura de los Agenjos, con que se mortificaba, tuviera experiencia de la dulzura de la que es nuestra vida, y esperanza.



CA-

CAPITULO IV.

DE LAS OTRAS PENITENCIAS de el Beato.

COBarde llègo à referir las demàs mortificaciones de èſte assombro de penitencia; porque aunque lo que he dicho en el Capitulo antecedente, no es poco, quèda tanto que decir, que puede rendir à la mas dieſtra Pluma. Aquella deſtreza, y valor, que tenia Bernardo, para jugar las Armas contra otros, la convirtiò en aliento, para manejar contra su mismo cuerpo las disciplinas. Siete vezes à el dia se azotaba, con tanto rigor, que despues de quedar su cuerpo bañado en sangre, corria èſta por el suelo, y saltaba à las paredes. De noche se azotaba con vnas cadenas de hierro, y los Viernes, y Vigilias con vnas rodajas de hierro

emplomadas. Esto le parecia poco todavìa; y assi intentò vn horrible instrumento para los azotes, y tal, que causaba espanto à la vista. Este era vna gruessa pelota de Cera atada à vn cordel, y empedrada de fragmentos de vidrio muy agudos, con la qual se daba tan recios golpes, que desconcertaba su cuerpo, y lo hacia todo vna llaga.

Como era tanta la copia de sangre, que vertian las heridas, aumentaba la penitencia mucho con el remedio, que les aplicaba; porque añadiendo dolor à dolor, aplicaba à sus llagas cebo mezclado con sal: remedio tan cruel, como experimentò cierta pobre Esclava. Se havia èsta cortado vn dedo, y su amo le aplicò el remedio dicho; pero sintiò la infeliz dolor tan intenso, que à los gritos formidables, que daba, fuè menester al punto labar la herida con agua fria. Entre otras llagas, que se

havia abierto Bernardo con tales disciplinas, tenia dos tan horribles en las espaldas, que fuè preciso llamar à vn Religioso, que se las curasse. El Religioso, que vino, fuè Fr. Antonio de Partanna: quedò horrorizado de vèr aquel destrozo, y le dixo, que no se diesse mas golpes en aquella parte tan lastimada, porque las heridas se havian de hacer incurables; à lo que respondiò el Beato Valeroso: *Acaso yo quiero, que mi cuerpo vaya entero, y sin lesion à la Sepultura? Te digo de verdad, que si los Superiores me dexàran hacer mi voluntad, sabrìa yo, còmo havia de tratar à esta Bestia, que insensible à los golpes, intenta todavia tirar cozes contra el espiritu.*

La sed, que tenìa el Beato Bernardo de padecer, era inextinguible, pues no se aplacaba con la sangre de las disciplinas, y por esto añadiò los cilicios: el vno era de cerdas, y

vn cinto de hierro con muchas puntas; y pareciendole poco, hizo otro, formado à modo de Tunica, todo texido por dentro de puntas de azero, que le llegaba hasta las rodillas; de tal suerte, que à el arrodillarse, ò acostarse, sentìa vn dolor insoportable. Era tanta la sangre, que derramaba con las disciplinas, y cilicios, que le vino à quedar poca en las venas; y assi se experimentò, que en vna enfermedad le ordenò el Medico vna sajadura, y no pudo el Cirujano, repitiendo golpes, sacarle vna gota de sangre. No parecìa el cuerpo de èste Religioso Penitente sino vn cadaver, todo quebrantado de los golpes, herido de los cilicios, y desconcertado de los azotes; verdaderamente vna victima de la penitencia, la mas pasmosa, que se ha visto.

No por esto le faltaba valor à Fr. Bernardo, y assi tenìa fuerzas, para quanto le mandaban, y para estàr de

rodillas, y muchas vezes en Cruz, quando oraba, que era casi siempre. En lugar de descanso, se iba à tomar dos horas de sueño, ò de martyrio sobre vna tabla desnuda de palmo y medio de ancho, sin mas cabezera, que vn duro leño, y assi estaba en tan estrecha Cruz, que no podia volverse de vn lado à otro. Yà parece, que ay bastante del assunto, pero paciencia, porque aora empezamos. Tenia el Demonio permisso de atormentar à este valiente Job, y de noche le daba castigos tan atrozes, que los golpes se oìan en todo el Convento, y los cardenales salìan à la cara. Un dia le arrojò sobre vna pierna vn cantaro de agua hirviendo, que se la abrazò, y desollò cruelmente. Otra vez se le apareciò en forma de Gato tan horrible, que el espanto le mudò el color en cadaverico, y le permaneciò el susto muchos dias, sin volver à su color

na-

nativo. Una noche le pegò fuego el mismo Demonio à el leño, que le servia de almohada, y despertò el Beato quemandose.

Librò Fr. Bernardo à vna Doncella de los Espiritus malignos con la señal de la Cruz; y para tomar venganza, le atormentaron con indecibles golpes, y espantosas visiones. Ocasion huvo, que estuvieron los Demonios atormentandole con crueles golpes por espacio de siete horas continuas. En fin, no le dexaban de hacer el daño, que podian, yà hacian fuerza, para ahogarlo, y yà le anudaban la lengua, para que no pudiesse ayudar à Missa; y esto con tanta constancia, que durò toda la vida el martyrio; porque tres dias antes de su muerte, y la noche misma, que antecediò à ella, fueron tantos los tormentos, y guerra, que todo el Exercito infernal le diò, que si no ha embiado el Cielo vn Angel, que lo de-

fen-

fendiera; lo huvieran acabado con fiereza diabolica.

CAPITULO V.

DE LA PACIENCIA DE EL Beato Bernardo.

PARA tanto padecer era menester mucha paciencia; pero la de Fr. Bernardo fuè verdaderamente milagrosa. Esta obra grande de Dios, es la marabilla, que mas se pondera en la Informacion de la Vida de èste Beato, que se presentò en la Sagrada Congregacion de Ritos à la Santidad de Innocencio Undecimo; por que què cosa mas prodigiosa, que vèr à vn hombre tan colerico como vn Leon, que assi era en el siglo Fr. Bernardo, mudado en vn Cordero casi en vn instante? Desde el punto, en que tomò el Santo Abito, se viò tan humilde, y paciente, que pasma-

ba. No le creyeron sus Paisanos; porque sabiendo, que iba à ser Capuchino humilde, aquel, que era terror de lòs mas guapos, decian: No es possible, que esse hombre pueda sujetarse, presto volverà de la empressa, que ha intentado: pero ò virtud de la diestra de el Excelso! Tan mudado se experimentò Bernardo, que teniendo muchos, que murmuraban de sus penitencias, que reputaban por culpas muy reprehensibles, lo mismo era saber, que hablaban contra èl, à el instante iba, se arrojaba à sus pies, y se los besaba, pidiendoles perdon con grande humildad.

Un dia estaba comiendo de rodillas en tierra, pan, y agua, como acostumbraba, y llegò vn Religioso, y quitandole el pan, y la servilleta, lo arrojò todo en medio de el Refectorio, diciendole con mucha aspereza de palabras, que era un hypocrita;

y engañador. En este caso impensado, nada se alterò el pacientissimo Varon, sino se levantò, sin mudar en cosa alguna el semblante, y recogiò los pedazos de pan, y servilleta con mucha paz, prosiguiendo su comida con toda serenidad de animo. Admirando esta paciencia vn Religioso, se empeñò en probarla, y todos los dias, siendo Fr. Bernardo Cocinero, iba à la Cocina, ò esperaba, que el Beato fuesse à el Refectorio, y en presencia de otros le cargaba de palabras injuriosas, y le hacia algunas amenazas; pero jamàs pudo alterar aquel prodigioso sossiego de animo.

Con todo esto; porque no se discurriera, que èste sossiego interior era natural en este valiente hombre; permitiò Dios, que alguna vez despuntasse algo su genio, para que resplandeciera la gran virtud, con que lo sujetaba. Quando el Beato

esta-

estaba de Cocinero, era Portero vn Religioso anciano, que probaba grandemente la tolerancia de Bernardo. Fuè vna vez, entre otras, à la Cocina, y con mucho ardor le dixo à Fr. Bernardo, que por andar continuamente embobado, no cuidaba de la comida de los Pobres: esto se lo decia en ocasion, que el Cocinero charitativo estaba actualmente con la olla de los Pobres entre las manos sazonandola; con que el Beato Bernardo se dexò ir vn poco de su aliento, y le dixo: que se dexasse de reprehenderlo, puesto, que no era su Maestro, ni Prelado. No bien se le havia escapado de la boca èsta razon, quando reflexionando sobre el excesso, aunque tan moderado, tomò con su gran valor vn tizòn ardiendo, y se diò con èl en la boca, y en la cara con tal ardor, que entrando casualmente el Prelado, lo contuvo; pero yà fuè

tar-

tarde, porque tenia la cara abrasada, hinchada, y como vn monſtruo: y se debe notar aquì, que fuè èſte hecho tan de el agrado de Dios, que desde entonces le concediò su Mageſtad la gracia de hacer milagros.

En otra ocasion le reprehendiò su Guardian, y le dixo, que por assistir à la Iglesia, faltaba à la Cocina, en que lo tenìa pueſto la Obediencia. A eſto respondiò Fr. Bernardo con modeſtia, que, no obſtante eſto, no faltaba en cosa alguna à su miniſterio. Volviò à el inſtante sobre lo que havia dicho; y pareciendole gran falta de respecto à el Superior, assi que saliò de la Celda se diò tales golpes en la boca, que corrìa con abundancia la sangre: y mientras caſtigaba à su boca, le decia eſtas palabras: *No ay que responder: no te he dicho yà, que no respondas?* Y porque no se olvidàra de guardar el proposito de callar à todo, traìa en la boca vna piedrecita.

Con

Con tanto como peleò èſte esforzado Varon, llegò à vencerse de modo, que no havia cosa aspera, y penosa, que le hiciesse repugnancia; y si sentia alguna, à el punto se empeñaba en vencerla.

Un dia eſtaba con la Comunidad en la Oracion de Nona, y vn Coriſta arrojò por vomito cantidad de materias, à cuya viſta comenzò à sentir asco Fr. Bernardo; pero para vencerse, recogiò con las manos las materias, y se eſtregò con ellas la boca; y pareciendole poco, barriò con la lengua, en lugar de escoba, el vomito, y el suelo. Valentia fuè; pero en todo fuè valiente èſte Heroe.

Solo à lo que no podia vencerse, era à oir sus alabanzas, porque se aborrecia tanto, que como dixo à ciertos Religiosos, deseaba mucho, que despues de muerto, arrojaran su cuerpo à vn muladar, como indigno de otra sepultura; pues no tenia de

sì otro concepto, sino que era vn gran pecador: y no poniendo la consideracion en las virtudes, y gracias singularissimas de el Cielo, que lo adornaban, solo tenìa muy presentes sus pecados, para humillarse.

CAPITULO VI.

ORACION DE EL BEATO Bernardo.

AL passo, que la piedrecita, que he dicho, que traìa en la boca Fr. Bernardo, le embarazaba la conversacion con los hombres, le dexaba desocupado, para tratar con Dios; y assi era su oracion tan continua como la respiracion. No tenìa diferencia de lugares, para èste continuo exercicio; porque en el Coro, en la Celda, en la Cocina, en la Huerta, dentro, y fuera de el Convento, siem-

siempre le hallaban en oracion. Aquì pedia à su Mageſtad el remedio, para sus necessidades, y las de el Proximo con tanta confianza, que algunos Religiosos le oyeron, hablando con Dios, decirle à su Mageſtad: *Yo quiero, Señor, que me hagais eſta gracia: Yo quiero, buen Jesus mio, eſta gracia: eſto ha de ser, no me lo haveis de negar.* Aquì tambien consultaba sus dudas, para no faltar en algo à la voluntad de el Señor; y assi sucediò, que vn Religioso le inſtò mucho, à que aprendiesse à leèr; à el Beato le pareciò bien, por la vtilidad de los Libros espirituales, de que podria vsar entonces; pero no se resolviò, sin consultarlo primero. Se puso à orar delante de vn Crucifixo, y oyò que le decia su Mageſtad en voz alta, y clara: *Bernardo, no es necessario buscar Libros, mas à tì te baſta el de mis Llagas, que de èſte aprenderàs*

ràs doctrina mas provechosa, que de qualquiera otro.

Con este documento, la materia mas frequente de sus Meditaciones, era la Passion de nuestro Redentor, y no sabia mas, que pensar en Jesu-Christo, y èste Crucificado. Esta devocion, como yà dixe, la empezò desde Seglar; pero yà Religioso la fuè aumentando tanto, como prueba èste pasmoso caso. Una noche se quedò despues de Maytines en oracion en la Capilla de el Santo Christo de nuestro Convento de Palermo, y contemplando con ternissimo afecto las Sagradas Llagas, se encendiò tanto en el amor de el Crucificado Dueño, que levantandose su cuerpo de la tierra diez y ocho palmos en alto, vino à quedar en igual proporcion delante de el Crucifixo, y alargò los brazos, como quien iba à estrecharle entre su pecho, para desahogar sus afectos. En este tiempo

Fr.

Fr. Lorenzo de Caltanissetta, que era Ayudante de Sacristan, entrò para atizar la Lampara, y viendo aquel prodigioso espectaculo, casi fuera de sì, fuè corriendo à darle aviso à el Guardian. Vino à el punto el Prelado, y viendo à el Beato Bernardo elevado tanto de la tierra, y en accion de abrazar à nuestro Dulcissimo Jesvs Crucificado, quedò derretido su corazon en lagrymas; pero queriendo probar su Obediencia, le mandò baxar de el extasis, y obedeciò à el punto; pero lo mismo fuè poner en tierra los pies el Beato, que cayò de vn lado como herido de amor, siendo necessario, que le llevassen en brazos à la Celda.

Este especialissimo afecto, con que veneraba Bernardo à Christo Crucificado, lo premiò su Mageſtad con èste raro prodigio. Caminando en vna ocasion, llegò à vn Rio, que iba tan crecido, que no era possible

pas-

passarlo sino à Cavallo. Se ofreciò vn Caballero, que llegò en la ocasion, à passarlo, y puesto à las ancas, iban por el Rio, quando el Cavallo los arrojò en el agua à ambos. Salieron, no sin trabajo; y puesto Bernardo à la orilla, reparò, que se le havia caìdo vn Crucifixo pequeño, que traìa siempre consigo. Mirò con atencion hàzia el Rio, y viò que la corriente se llevaba el Christo, que iba embuelto entre otras cosas, que llevaba. Yà havia perdido de vista el emboltorio, y afligido sobre manera, lloraba como vn niño por su Crucifixo, que de lo demàs no hacia caso. Entre estas afflicciones, y las exclamaciones, que hacia por su querida Prenda, ved aquì, que empezò à bañarse en la alegrìa mas copiosa; porque de improviso viò, que el Crucifixo, como si no pudiera sufrir sus lagrymas, empezò à nadar sobre la agua, contra la corriente

impetuosa de el Rio, y se le venia à poner en los brazos. Quando le tuvo cerca, extendiò reverente la mano, y le sacò de el agua, dandole ternissimos osculos, y abrazos, prometiendo de guardarle en adelante con mas cuidado: y assi el Arzobispo de Palermo decia, que Fr. Bernardo repetia aquellos prodigios singulares, que de el Apoſtol de la India mas aplaude el Orbe.

Si la Imagen tanto arrebataba el corazon de el amante Bernardo, què seria la realidad de todo Chriſto en el admirable Sacramento? No es ponderable el afecto, con que lo reverenciaba. Continuamente andaba yendo, y viniendo, para visitarlo en el Sagrario. Las ansias de recibirlo en su pecho eran tan vivas, que el Viernes Santo, que no podia comulgar, le parecia vn año, y apenas amanecia el Sabado, corria à la Celda de el Guardian, y pueſto de ro-

rodillas; eran tantas las suplicas, porque le diesse la Comunion en la Missa, que conociendo el Superior aquella sed de Ciervo, que abrasaba à èste Varon Beato, no se atrevia à negarle dia alguno la Fuente de la Gracia. Todos los dias comulgaba; pero no se mitigaba la sed, antes si crecia tanto el ardor, que muchas personas observaron, que despues de comulgar, mientras estaba dando gracias, entraba las manos en el pecho, y cogia el Abito, como que lo queria hacer pedazos, para que en algun modo exhalàra aquella llama de Amor Divino, que le abrasaba las entrañas.

En cierta ocasion vn Religioso estaba oyendo Missa, y se llegò vn Mancebo de estraña belleza, que era sin duda vn Angel de el Cielo, y le dixo, que mirasse à Fr. Bernardo, el qual estaba ayudando la Missa, y havia yà comulgado. El Religioso

puso à el inſtante los ojos en el Beato, y viò, que tenia entre sus manos à el Niño Jesvs, lo eſtaba abrazando con grande eſtrechèz, y alegre, y risueño le hacia mil caricias, bañandolo todo con suavissimas lagrymas, que su corazon, deshecho de amor Divino, embiaba por los ojos. A èſta viſta quedò el Religioso tan lleno de consuelo, que no le cabìa en la Alma. Un dia Feſtivo, eſtando patente el Santissimo Sacramento, le viò todo el Concurso irse levantando de el suelo, haſta llegar à confrontar con el mismo Sacramento, para saciarse mas con èſta proximidad su espiritu, abrasado de aquella admirable presencia. Viviendo èſte admirable Bernardo en el Convento de Caſtro-novo, fuè el dia de el Corpus con los demàs Religiosos à la Procession. Luego que eſtuvo delante de el Altar Mayor de la Cathedral, donde eſtaba expueſto

el

el Santissimo Sacramento, se arrebatò en vn extasis, que le durò cerca de vna hora. Todo el Concurso viendole, y atropellandose vnos à otros, por acercarse, para mirar, y admirar à el Beato, que estaba bastantemente elevado de la tierra, los ojos cerrados, el rostro à el Cielo, los brazos en Cruz, y hecho admiracion de Concurso tan sèrio. Este caso, como todos los demàs, que refiero, se hallan probados en el Summario de el Processo de su Beatificacion, y basta, para colegir su admirable contemplacion, y especialissima devocion à el Santissimo Sacramento.



CAPITULO VII.

DE EL CORDIALISSIMO afecto, que professaba à la Reyna de el Cielo.

SEGUN el cèlebre dicho de el Padre San Bernardo Abad, todas las gracias, que descendìan de el Cielo sobre Fr. Bernardo, como vamos viendo, venìan por mano de la Thesorera de los Divinos Dones, nuestra Dulcissima Madre Maria Santissima; con que era preciso la obligàra mucho, quien tanto recibia de sus Dones. Era la devocion à la Señora tan grande, que sus dias Festivos sentìa tan singular alegria, que se le conocia en la cara, y andaba tràs el Sacristan, obligandole, à que adornasse mucho el Altar con flores. Especialmente el dia de nuestra Patrona, la Immaculada Concepcion,

era el fervor tanto, como manifiesta este caso. Entrò vn dia de la Purissima en la Cocina, y hallando algunos Religiosos, les dixo assi: *Alegrìa, alegria: baylad, Charissimos Hermanos mios, dad algun salto de alegria:* y levantando los ojos à lo alto, gritò tres vezes con impetu grande, diciendo: *A baxo Bestia cruel: à tierra Monstruo infernal, que Maria Señora nuestra, te ha quebrado la cabeza, y hecho pedazos la corona.* Dicho esto, quedò tan privado de fuerzas, que no pudiendo tenerse en pie, fuè preciso, que los Religiosos lo llevassen à la Celda.

Este afecto tan fervoroso, que tenìa à el Mysterio de la Immaculada Concepcion, se lo premiò Dios con el siguiente milagro. Don Juan Bautista Canaroso, Caballero de el Orden de San Juan, y Vicario Foraneo de Corleon, passò à Palermo à visitar à Fr. Bernardo, el qual milagro-

samente le sanò de vna enfermedad; que padecìa de retencion de orina. Al despedirse de èl, le pidiò, que le diesse alguna Reliquia, para su consuelo. Fr. Bernardo respondiò, que no tenìa alguna, y le mostrò las manos abiertas, y vacias, Instò grandemente el Caballero, que le diesse algo; y estando en esto, de repente se apareciò en la mano de Fr. Bernardo vna Imagen de la Concepcion Purissima, con grande admiracion de ambos, y dandosela, le exhortò, à que la tuviesse en grande veneracion. En otra ocasion entrò en casa de vna muger, Ministra de la Orden Tercera de nuestro Serafico Padre San Francisco, y la hallò muy afligida, porque se le havia torcido gran cantidad de Vino: estaba yà tal el licor, que exhalaba vn olor pessimo. Fr. Bernardo la consolò, y le dixo, que confiasse en la Virgen Santissima: y dicho esto, sacò de la

man-

manga vnas Cedulitas de la Purissima Concepcion, y puso vna en cada vno de los Barriles, que eran veinte y vno. Cosa rara! A la tarde se hallò todo el Vino tan bueno, y de sabor tan suave, que corriendo la fama por la Ciudad, lo vendiò muy presto todo.

Como era tan favorecido de la Reyna Soberana èste Bernardo, no quiso, que le faltàra señal alguna de especialissimo Hijo de tan Divina Madre; y assi traìa el Sagrado Escapulario de el Carmen, y observaba con la mayor exactitud quanto se debe, para lograr las Gracias concedidas por los Summos Pontifices à los Hermanos de èsta devotissima Cofradìa: y no contento con el Escapulario solo, querìa tambien el Beato tener Estampa de la Señora. Un dia fuè à nuestro Convento de Palermo el P. Mro. Fr. Nicolàs de Trivilla, de el antiquissimo, y Es-

clarecido Orden de el Carmen, y le pidiò por caridad vna Eſtampa de la Señora: el P. Mro. muy atento se la embiò à el punto, que se reſtituyò à su Celda; pero el Portador, que era vn mozo de pocos años, se detuvo en llevarla dos dias, engañando à el dicho Padre, y diciendole, que no havia encontrado à Fr. Bernardo en el Convento: Por fin, llegò con la Imagen deseada de el devotissimo Bernardo, y à el recibirla, le dixo eſtas palabras à el mozo, que la traìa: *Dos dias hâ, que eſtoy esperando, y tu has engañado à el P. Mro. Trivilla: mira que no se puede mentir por todo el mundo.* Assi eſtaba iluſtrado de celeſtes luzes el devoto de la Virgen.

Y assi havia de ser, pues trataba tan familiar, y cordialmente à la Madre de la Sabiduria, como observaron muchos Religiosos, que le oyeron en varias ocasiones, que tenìa

dul-

dulcissimos Coloquios con su Mageſtad en la Capilla de el Rosario, que eſtà en nueſtro Convento de Palermo. En eſte sitio era, en donde de ordinario rezaba el Rosario entero, à que no faltaba algun dia, meditando con grande devocion todos sus quince Myſterios. Correspondìa la Madre à los afectos de èſte Hijo con tanta benignidad, que se le aparecia muchas vezes, para llenarlo de dulzuras con su hermosssima presencia. Muchos casos podìa referir; pero el presente valga por todos, pues quiso la Señora traer entonces quien fuesse teſtigo de la marabilla.

El año de mil seiscientos sesenta y seis, la noche de el dia seis de Septiembre, eſtaba vn Religioso, cuyo nombre era Fr. Antonio de Partanna, intimo amigo de Fr. Bernardo, recogido en su Celda sobre las tablas, y yà era cerca de el Alba, quando se sintiò arrebatar de vn

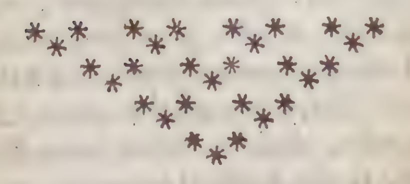
vien-

viento muy fuerte (segun le pareciò) que lo llevò, y puso en la Celdita de Fr. Bernardo. Assi que estuvo allì, viò entrar vna Matrona, à quien cubrìa vn Manto celeste. No sabìa el dicho Religioso quièn fuesse, y quedò assombrado con su vista, y temiendo grandemente; pero el Beato Bernardo à el punto se postrò en tierra delante de la Reyna de los Angeles, y lleno de incomparable alegrìa, levantò la voz, diciendo: *Esta es mi amabilissima Madre.* Entonces se descubriò la Reyna, y se dexò vèr vestida de vna Tunica mas blanca, que la nieve, toda sembrada de Rosas, el semblante despidiendo luzes hermosissimas, y con vn Niño en sus brazos, que robaba los corazones. Bien claro estaba diciendo quien era; pero el referido Religioso todavìa estaba temblando en vn rincon muerto de miedo; y temiendo no fuera otra cosa,

em-

empezò à echarle Conjuros, para que se fuera. Entonces la Soberana Reyna, sonrriendose, le dixo: *No temas, que yo soy la Madre de Dios, que he venido aquì à entretenerme con mi amado Hijo Fr. Bernardo, para consolarle; goza tu entretanto las caricias, y abrazos de este Dulcissimo Infante, à quien de dia, y de noche deseas con tiernos suspiros.* Diciendo esto, depositò en sus brazos à el Divino Infante, y el feliz Religioso sintiò tanto gozo à el recibirlo, y apretarlo à su pecho, quanto no puede decirse. Prosiguiò la Señora en sus coloquios con Fr. Bernardo, y despues de algun tiempo, volviò à tomar à su Hijo Dios, y desapareciò: y el Religioso, que havia sido traido prodigiosamente, de el mismo modo se volviò à hallar en su Celda, como estaba antes. Con todo esto, dudaba aquel buen Religioso, si esto havia sido sueño; pero

à la siguiente noche oyò vna voz, que le decia: *No dudes de la vision, que es verdadera.* Todavìa no se aquietaba aquel temeroso espiritu, y otra noche repitiò la misma voz, diciendole: *La vision es verdaderissima, para què dudas? No sabes, que la Reyna de el Cielo es muy familiar de Fr. Bernardo?* Quedò en fin el Religioso assegurado, y por muchos dias le quedò tanto consuelo, y gozo, que le parecia, que yà estaba en el Paraìso. A esto se puede juntar el regalo, que dixe yà, de la leche marabillosa, con que la Madre Dulcissima manifestò el amor, con que cuidaba de Bernardo.



CA-

CAPITULO VIII.

DE LA CHARIDAD de el Beato.

PARA prueba de el mucho amor de Dios, que ardia en el corazon de èste valeroso Heroe, basta su mismo valor, de que yà he dado noticia; por què còmo havia de conseguir tantos triunfos, si no lo animara quien lo vence todo? Sus mortificaciones assombrosas, sus raptos, y extasis continuos, sus ansias por el Pan de el Cielo, su indecible affecto à la Madre de el Amor hermoso, estàn voceando lo que amaba à Dios. Por èste grande amor, se agradò mucho de oìr vna vez lo que dixo vn Sacerdote de mucha perfeccion, y fuè esto: *Si Dios me huviera concedido la potestad de criar, huviera yo llenado todo el espacio, que ay de*

la tierra à el Cielo, de hombres Santos, como San Juan Bautiſta, à fin de que todos se ocupassen en amar, y bendecir à la Divina Mageſtad. Eſto oyò Bernardo, y lo aprendiò tan bien, que à cada passo lo decia, y añadia: *Eſto, eſto es lo que digo yo.*

Pero, para afianzar mas la prueba, verèmos aora lo que èſte Amante hacia por amor de Dios. Verèmos, digo, como executaba el mandato nuevo, que nos dexò el Maeſtro del Amor. Eſte fuè el amor à el Proximo, y en su cumplimiento se esmerò tanto el perfecto Discipulo Bernardo, que por èſta Ley de la Charidad fraterna, tomaba sobre sì todos los Miniſterios pesados, que fatigaban à los otros Religiosos. A el Sacriſtan le quitaba la escoba de la mano: à el Refitolero mucha parte de el trabajo: à los Coriſtas aliviaba en sus tarèas: lababa los Abitos à los ancianos, aseaba las Celdas: y en

vna

vna palabra, mas afecto nos mostraba à cada vno de sus Hermanos, que la mas amante Madre à los hijos proprios. Muchos casos se ofrecian, que decir ; pero me contento con el siguiente. Don Luis de Noto, vno de los Capellanes mas familiares de el Arzobispo de Monrreal ; estaba en Palermo muy agravado de fluxo de sangre ; y tanto ; que no hallando remedio, solo esperaba la muerte. Su Madre, que sentia vivamente la falta de vn hijo, à quien amaba como à tal ; y tambien como à el amparo vnico suyo, y de dos hijas, que tenia ; se resolviò à llevar en vna Carroza à el Enfermo, para ponerlo delante de los ojos de Fr. Bernardo en su Convento de Capuchinos. Llegò la Señora à èl, y llamando à Fr. Bernardo à la Capilla de el Santo Christo, le puso delante à el hijo, tan flaco, y palido, que parecia vn Cadaver. Le refiriò el motivo

de su venida con abundantes lagrymas, y le hizo la sùplica por su salud con las mas vivas inſtancias. El compassivo Beato à el inſtante hizo oracion por el Enfermo ante la Imagen de el Crucifixo; pero el Señor Todo Poderoso diferìa la respueſta, para aumentar el fuego de charidad de Bernardo, y assi èſte, lo que dixo à la desconsolada Madre, fuè, que se conformasse con el beneplacito Divino, y confiasse en su piedad, como Padre, que es benignissimo. La Señora conociò el myſterio de eſtas palabras, y reclamò con mas fuerza de lagrymas, haciendole compañìa las dos hijas, que llevaba consigo. Entonces las charitativas entrañas de èſte piadoso Varon no pudieron sufrir mas, y acordandose de su valor, le dixo Bernardo assi à su Dueño Crucificado: *Clementissimo Señor, sanad à eſte pobre Mancebo; que si es vueſtra voluntad, yo me*

ofrez-

ofrezco à sufrir por èl, y por Vos la misma enfermedad, que padece. Dicho esto con el animo, que sabe infundir vna charidad valiente, se volviò à la Madre, y hermanas de el Enfermo, y les dixo, que yà el Señor havia otorgado el beneficio: Creyeron las Señoras, y à los seis dias vieron, que su Enfermo, no solo estaba yà sano, sino perfectamente convalecido, y tan robusto, que se fuè à pie à Monrreal con su Amo el Arzobispo. Pero en el mismo punto cayò el Beato Bernardo enfermo, y se reduxo à la flaqueza, que padecia el Clerigo, à quien havia comprado la salud à costa de la suya propria, durandole la enfermedad todo el tiempo, que la debia padecer el dicho Sujeto.

En otra ocasion fuè à el Convento vna Señora, cuyo nombre era Maria Oliveri, y puso en manos de Fr. Bernardo à vn niño de ocho meses, que

tenia la cara llena de costras, que manaban gran copia de màterias. Pidiòle con el afecto de Madre por su hijo, pero el Beato hizo mas, que si fuera Madre de el niño; porque aplicando su bendita boca à las materias hediondas, chupò todo el mal, y dexò à el infante sàno con vn color de Rosa, para que floreciesse su charidad.

Era tan compassivo este Beato, que no era menester, que la afliccion, en que veia à su Proximo fuesse muy grande, para que hiciesse en su alivio vn gran portento. Un Devoto de los Capuchinos le embiò en cierta ocasion con vn Criado vn frasco de Vino de regalo: el que lo llevaba, tropezò à el entrar en la Celda, y se hizo pedazos el vidrio. Soltò el Criado el llanto, mezclando sus lagrymas con el Vino derramado. Saliò à el ruido lleno de compassion Fr. Bernardo, y recogiendo los peda-

zos de vidrio, se entrò en la Celda, y le dixo à el Mozo, que esperasse vn poco. En èste tiempo hizo oracion à su Mageſtad con tanto fervor, que luego saliò con el frasco entero, y lleno de el mismo Vino, y le diò èſte recado à el Criado para su Amo. *Dile à tu Señor, que eſtimo la charidad, con que me regala; pero que le vuelvo el Vino, porque yo jamàs lo bebo.* El mozo quedò marabillado, y callò por entonces el sucesso, porque se lo encargò mucho Fr. Bernardo; pero assi que muriò, publicò el prodigio, para gloria de Dios todo Poderoso.

No solo de los racionales se compadecia, sino tambien de los brutos, y haviendole Dios concedido la gracia de curarlos, se los traìan à el Convento, y el Beato decia sobre ellos el Padre nueſtro, y les hacia dàr tres vueltas à el rededor de la Cruz, que eſtà delante de la Iglesia,

y no era menester mas remedio: y en este dòn fuè tan marabilloso Fr. Bernardo, que en su muerte subdelegò en otro Religioso la potestad, que Dios le havia delegado de remediar los Animales de el modo, que quèda expressado.

Poco he dicho de el amor, que Fr. Bernardo manifestaba à los Proximos, pues no he referido el zelo, que tenia de su espiritual aprovechamiento. Un dilatado Volumen pedìa la materia; pero dirè algunos casos. Dixe yà el rigoroso silencio de su boca; pero aora digo, que lo rompìa su zelo, porque hablaba muy bien, para edificacion de las Almas. Este fuè vno de los grandes Dones, que Dios le confiriò, y no lo queria tener ocioso. Virreyes, Obispos, Arzobispos, Inquisidores, Nobles, y Plebeyos, Eclesiasticos, y Seglares, concurrian à oirle, y experimentaban, que no era èl quien hablaba,

sino el Espiritu Santo, que tomaba su lengua por inſtrumento.

Un dia se encontrò con vn mancebo, que tenìa muy en su corazon, y animo vn mortal odio contra su enemigo, y no pensaba en otra cosa, que en matarlo. Bernardo, ilustrado de Dios, le penetrò el interior, y le hablò assi: *Què piensas hacer? No vès, que la venganza, que vàs à tomar, te ha de precipitar en el Infierno; sino te resuelves à perdonar à tu enemigo por amor de Dios?* Eſtas palabras baſtaron, para enternecer tanto à aquel corazon fiero, que à el punto fuè à reconciliarse con su contrario, y despues hizo vna confession general, viviendo en adelante muy observante de los Divinos Preceptos.

Como Fr. Bernardo tenìa luzes tan Divinas, que alcanzaba frequentemente à conocer los que eſtaban en gracia, ò desgracia de Dios, hizo

grandes efectos en las Almas, yà alentando à vnos, y yà aterrando à otros; y de estos vltimos con especialidad fuè vn Caballero, que padecia vna enfermedad de amor ilicito, en que estaba enrredado, y experimentaba el tormento de su Alma en los mismos deleites, que procuraba. Un dia, por diversion de sus fatigas, se fuè èste Caballero à el Convento de Capuchinos, y entrando en la Huerta, se iba passeando, quando le saliò à el encuentro Fr. Bernardo, lo saludò cortesmente, y trabò con èl vna platica dilatada; pero sin parar el passeo, lo fuè llevando con industria hasta llegar à la puerta de el Panteon: lo entrò, para que lo viesse, y descubriendo vn Cadaver, que havia poco, que se havia enterrado, y estaba lleno de gusanos, le hizo considerar, y vèr, en lo que pàra la belleza, que à tantos les quita el juicio, y la Alma.

En

En fin, le hablò tan à el assunto de su enfermedad, que viendose descubierto prodigiosamente el Caballero distraido, volviò en sì, y arrojandose à los pies de su Medico, èste le confortò de modo, que quedò libre de aquella passion, y muy robusto, para huir de el Infierno, y caminar à la hermosura del Cielo.

El que cuidaba tanto de los de fuera, no se descuidaba de los de puertas adentro; antes si le impelìa la charidad, à que trabajasse mucho mas por su provecho. No es decible lo que hizo, yà con exhortaciones fervorosas, yà con eficaces exemplos: baste decir, que en su tiempo, mas que en otro alguno, floreciò la Provincia de Palermo en virtud, y perfeccion, siendo Fr. Bernardo el Maestro.

No bastaban los vivos, para recibir los frutos de su piedad, y assi los repartìa con grande abundancia en

los

los muertos. Ay en nueſtro Convento de Palermo vn Magnifico Pantèon, donde con mucha decencia eſtàn los cuerpos de grandes Principes, y tambien los de los Religiosos. A èſte lugar baxaba muy de ordinario Fr. Bernardo à tener marabillosas conferencias. Una vez, llegandose à el Cadaver de el P. Fr. Urbano de Monrreal, le hablò assi: *Ha Padre Fr. Urbano, què nuevas me dàs de la otra vida?* El muerto, como si eſtuviera vivo, le respondiò à el inſtante, y entre otras cosas, le dixo, que se hallaba su Alma en el Purgatorio, por el descuido de cinco Sacerdotes, que no le havian aplicado los Sufragios, que debian: le señalò por sus nombres los que eran, y Fr. Bernardo les amoneſtò de su descuido. Con èſte aviso, los Sacerdotes aplicaron las Missas, y la Alma de Fr. Urbano logrò el descanso eterno.

En

En otra ocasion hablò de el mismo modo à el Cadaver de el Padre Fr. Honorio de Palermo, y èſte le respondiò, que eſtaba en el Purgatorio, para cuyo alivio orò Fr. Bernardo con tanto esfuerzo de charidad, que sus lagrymas apagaron el incendio, en que la Alma de aquel Difunto se abrasaba. Omito muchos casos de eſtos, por la brevedad.

Pero no me atrevo à omitir, por fin de eſte Capitulo, la grande eficacia, que le daba la charidad à èſte valeroso Heroe, para detener el brazo de la Divina Juſticia, levantado contra los Pecadores. El año de 1665. eſtando vna noche en Oracion Fr. Bernardo, se le apareciò Chriſto nueſtro Redentor, con el Roſtro, que arrojaba llamas de indignacion, y la Dieſtra armada de Rayos, con que amenazaba azolar totalmente à la Ciudad de Palermo. El Bernardo, movido de gran compassion

de aquel Pueblo, empezò à clamar, pidiendo misericordia. En esta ocasion estaba en la Iglesia orando juntamente Fr. Lucas de Cemina, y oyò lo que Bernardo le decìa à el Juez airado en alta voz, que era assi: *No quiero, Señor, que hagas esso, no quiero, que lo executeis, Señor, caiga sobre mì todo el castigo.* Esto repetìa muchas veces, dando golpes en tierra con la mano. Tanta fuè la eficacia de esta fervorosa Sùplica, que mitigò su Magestad mucho el castigo; porque aunque sobrevino vna formidable tempestad de truenos, y agua, aunque el Rio Sabucia, que saliò de Madre, arruinò algunos Edificios; pero fuè todo casi nada, respecto de lo que amenazaba, y todos, viendo la Tempestad, temìan; y para que assi lo supiessen todos, sin genero de duda, obligò el Todo Poderoso à el Demonio, que lo publicasse à su pesar, pues por

boca

boca de vna Espiritada dixo: *Muy mayor huviera sido el azote, si el engañador Fr. Bernardo no huviera detenido la Ira de el Altissimo.*

CAPITULO IX.

DE EL MODO PRODIGIOSO, con que assistìa, à los que le invocaban.

NO satisfecho èste Varòn piadosissimo con hacer todo lo possible en beneficio del Proximo, conseguìa de Dios, que allanasse los mayores impossibles para su socorro, y assi lo testifican los siguientes Prodigios: Soror Salvadora Sabatini, Sobrina de Fr. Bernardo, estaba de Novicia en el Convento de la Magdalena de Corleon, y llegò à disgustarse tanto con el mucho trabajo, en que la ponìan, como à Novi-

cia Lega, que era, que meditaba yà en dexar el Abito, pues el peso excedia à sus fuerzas. Sabedor de esto Fr. Bernardo, fuè à consolar à su Sobrina, y le dixo: *Quando no puedas con algun Exercicio trabajoso, por falta de fuerzas, llamame à mi, que yo te ayudarè, aunque estè ausente.* Diò la Sobrina entera fè à su Tio, y no passò mucho tiempo, que estando mudando de vn lugar à otro vna gran cantidad de Leña, llegò à vn tronco tan pesado, que no lo podia mover, quanto mas llevarlo à cuestas. Se afligiò, y empezò à llorar, pero assi que se acordò de la promessa de su Tio, dixo con viva fè: *O Fr. Bernardo mio, vèn à ayudarme, que aora es tiempo.* Prodigio raro! A penas invocò à Bernardo la Novicia, quando el Leño, como si huviera recibido alma sensitiva, empezò à moverse por sì mismo, y corriendo, se colocò en el lugar don-

de

de no lo podia poner la debil fuerza de aquella Monja.

Un Mozo muy devoto de Fr. Bernardo, se hallaba en cierta ocasion combatido de vn Joven tan disoluto, que havia tomado por empeño llevarlo à cometer vna mortal culpa. El devoto de Fr. Bernardo se resistìa, diciendo, que no se atrevìa à pecar; porque lo llegarìa à saber el Beato, y lo sentiria mucho. No obſtante eſte reparo, tuvo tanta malicia el pervertidor, que llevò de hecho à el Mozo à la casa infame de vna muger lasciva. Yà eſtaba el infeliz en la cama, quando de improviso viò junto à sì à vn Capuchino, que le cubrìa con el Manto. Con eſta vision quedò tan espantado, que saliò à el punto de aquella Casa infernal, y èl, y su mal Compañero, que tambien viò lo mismo, se entregaron à el temor de Dios en lo reſtante de sus vidas.

Omi-

Omito innumerables casos, y con lo que voy à decir, conclùyo. Una Señora muy principal recurrìa à Fr. Bernardo en todas aflicciones, por el gran concepto, que havia formado de su heroica santidad. Fuè vn dia à el Convento à buscarle, y despues de referirle à lo que iba, y recibir el consuelo, le dixo Fr. Bernardo estas palabras: *Señora, no es menester, que me avise con algun Criado, ni que venga en persona à verme; basta, que desde su casa me llame, y manifieste lo que desea, que yo prontamente pedirè à el Señor, que se digne de oir sus deseos.* Executòlo assi la Señora, y experimentò, que con solo invocar à Fr. Bernardo le concedìa Dios grandes mercedes, como la misma Señora lo afirmò con Juramento. De esto se puede inferir mucho, y assi passo à otra classe de prodigios.

CA-

CAPITULO X.

MILAGROS EN BENEFICIO de los Enfermos.

ENTRE los muchos dones, que recibiò de el Cielo Fr. Bernardo, vno fuè la gracia de curaciones, de que yà he dicho algo; y aora referirè algunos casos mas especiales. Curaba con la señal de la Cruz Tullidos, Mancos, Coxos, Ciegos, y en vna palabra, todas especies de enfermedades. Conociendo èsta gracia vn Sacerdote, llamado Don Julian Latini, hermano de Fr. Bernardo, lo llevò à visitar à Lucas de la Rosa, que havia quince dias estaba en la cama padeciendo de vnas calenturas malignas. Llegò el Beato à tiempo, que el Cura estaba administrando la Extrema - Uncion à el Enfermo, y haviendo esperado, à que conclu-

yesse, se acercò al moribundo, y le tocò con la mano en la frente: gran prodigio! A el instante se levantò bueno, y tan robusto, que à los tres dias se fuè à trabajar, como si nada huviera padecido.

A Fr. Ignacio de Trapana, estando comiendo, se le atravessò en la garganta vna espina, y le puso en terminos de ahogarse, y buscando algun remedio, encontrò por su dicha à Fr. Bernardo, à quien por señas solamente pudo significarle su trabajo: el Beato le dixo vna Oracion, que acostumbraba en tales lances, y à el punto arrojò la espina, y quedò sin lesion alguna.

Antonio Balsamo, quando estaba empleado en la fabrica de vn Edificio, cayò desde muy alto, y fuè tal el golpe, que por espacio de ocho horas no diò señales de vivo. El Confessor, y los Medicos dudaban mucho, si vivia, ò nò; pero en fin

llamaron à Bernardo, y viendo el Varon piadoso las lagrymas de aquella Gente, que assistìa, especialmente de la muger, que se tenìa yà por Viuda; se compadeciò de modo, que vsando de su acostumbrado valor, le diò vna tan grande voz à el dicho Antonio, que pareciò à la Tuba Angelica, que resonarà el vltimo dia por el Mundo; porque à èsta voz marabillosa respondiò Antonio, abriò los ojos, se confessò, recibiò el Viatico, y à pocos dias se levantò de la cama tan robusto, que se volviò à su exercicio, con vniversal admiracion de la Ciudad.

Probablemente se puede creèr, que el caso antecedente fuè resurreccion de vn muerto; pero el siguiente no tiene duda alguna, que fuè resurreccion, como notan los que escribieron la Vida de èste Beato: Estaba nuestro Bernardo en el Coro con la Comunidad en el Convento

de Castro-novo, quando se oyò vn ruido de Gente, que lloraba, y suspiraba muy sentidamente. Ocurrieron los Religiosos à las ventanas, para informarse de aquel sucesso tan lamentable, y vieron vn Difunto tendido en tierra, y al rededor mucha Gente, entre los quales havia Parientes muy cercanos de el muerto desgraciadamente. Entretanto, que los Religiosos salian de el Convento, para consolarlos, fuè Fr. Bernardo à su Celda, y de ella traxo à el Coro aquel Crucifixo milagroso, que yà referì, quando dixe, que havia venido contra la corriente de las aguas de el Rio, en que se cayò, para ponerse en las manos de su amante Siervo. Ante esta Imagen devotissima se postrò Fr. Bernardo, y le suplicò con tanto afecto por la vida de aquel Cadaver, que quando acabò la oracion, oyò otro ruido muy diverso, porque era de lá misma Gente, y

mas que havia concurrido, que todos daban vozes de alegria, clamando, y dando à Dios las gracias, porque havia vuelto la vida à aquel hombre. Lo mas prodigioso fuè, que no quiso Dios, que estuviesse el favor, que havia hecho à Bernardo, oculto: y assi, aunque el Beato lo dixo à vn Religioso, llamado Fr. Alberto de Corleon, con la obligacion de el sigilo; sin saber còmo, se publicò èste sucesso por toda la Ciudad, como està probado en las Informaciones Juridicas, que se hizieron sobre el assunto.

Y para concluir con brevedad con materia tan difusa, digo, que hasta los pedazitos de Pan, que sobraban à Fr. Bernardo, sanaban à Tullidos, y Mudos, y otros varios enfermos, y el Pan mismo se mantenia incorrupto por muchos años, como lo depusieron con Juramento varios testigos de vista.

CAPITULO XI.

VARIOS PRODIGIOS, que Dios obrò por el Beato.

AUNQUE los milagros, que voy à referir, pertenecen à distintas classes, los junto en èste lugar, porque convienen en ser singularissimos. El Guardian de Castro-novo, donde à la sazon era Fr. Bernardo Enfermero, andaba algo achacoso, y vn dia, que el Beato saliò à la calle, le pidiò à vna Señora devota vna Gallina, para su Prelado enfermo; encargandole juntamente, que la mandasse desplumar, abrir, y labar, mientras èl iba à sus negocios, y se la llevarìa à la vuelta. La Señora, que era Doña Virginia Gialongo, mandò à el punto à vna Criada, que executasse todo lo que havia dicho Fr. Bernardo; el qual volviendo, se

llevò lá Gallina muerta, desplumada, abierta, y labada, que no havia que hacer mas, sino ponerla à cocer à el fuego. Llegò à el Convento, y à el tomar la bendicion de el Guardian, reparò èste en la Gallina, y le preguntò à Fr. Bernardo, què para què traìa aquello? El Beato respondiò lo que havia hecho. El Guardian, en lugar de agradecerle el cuidado, que tenìa, por assistirle en su dolencia, le reprehendiò asperamente, y le dixo, que èl no necessitaba de Gallinas, y assi que la volviesse à la Señora, dandole las gracias, y que se guardasse de volver à semejante hecho. Fr. Bernardo obedeciò sin replica, y se fuè con su Gallina à casa de la Señora, à quien refiriò puntualmente lo que havia passado con su Padre Guardian, diòle assimismo las gracias, y à el ir à sacar la Gallina, que traìa debaxo de el Manto, ò prodigio!

la hallò viva; entera; y con sus plumas, como si no huvieran llegado à ella. Admirada toda la familia, le decian à el Beato: Fr. Bernardo, què Gallina es èsta? El respondia, que la misma. Fueron à el punto à buscar las plumas, y menudillo de la Gallina, à vèr còmo era aquello, y no hallaron tal cosa: y despues de bien examinada, conocieron, que era la misma. Este prodigio fuè tan patente, que hasta la Gallina parece, que tuvo de èl inteligencia, porque, para llamarla, le decian: *Fr. Bernardo*; y lo mismo era oir èste nombre, que acudìa corriendo la Gallina, por mas distante, que estuviesse.

En cierta ocasion entrò Fr. Bernardo en vna casa, donde viò à vn niño amargamente llorando. Preguntò la causa à su Madre, y le respondiò, que el chico tenìa en la mano vn Paxarito, con que estaba muy en-

entretenido, y que havia venido vn Gato, y arrebatandoselo, se lo havia comido. A el instante, que oyò esto el Beato, llamò à el Gato, y le dixo: Vèn acà Ladròn, restituye al Niño, lo que le has robado. O grandezas de Dios, en lo mas minimo! En aquel momento el Gato vomitò el Paxaro, y no solo lo volviò, sino que lo restituyò vivo, y sano. Entonces el Beato tomò el Paxaro, y dandoselo à el Chico, le convirtiò sus lagrymas en vna apacible risa.

Estaba el Beato Bernardo empeñado en sacar de el mal estado, en que vivia, à vn Hortelano, cuyo nombre era Antonio Floro; pero por mas correcciones, que le hacia, el Mozo no queria dexar sus florèos, que eran muy espinosos. El Padre de dicho Joven, y vn hermano, que tenia, estorvaban el buen efecto de las reprehensiones de el Beato; porque no querian, que se casasse con la muger,

que

que debia. Viendo Fr. Bernardo, que no baſtaban su palabras, recurriò à sus acoſtumbrados prodigios: y vn dia, que entrò en la Huerta de Antonio, lo hallò trabajando, juntamente con su Padre, y hermano, junto à vna Higuera, que jamàs havia llevado fruto; primero le hablò sobre el referido assunto, para que se pusiesse en gracia, y amistad de Dios; y despues le dixo, señalando à la Higuera: *Mira, què hermoso, y maduro fruto.* Caso raro! Mirò Antonio, y viò, que siendo entonces por el mes de Enero, la Higuera tenia Higos; comiò Antonio, su Padre, y el hermano, porque para cada vno diò vno la esteril Planta, y no diò entonces mas de tres Higos; de cuya hermosura, y sabor quedaron tan mudados, que se convinieron, à lo que Fr. Bernardo les mandò, en orden à el casamiento de el Mancebo diſtraido. Llegò el tiempo de los Higos,

y,

y fructificò el Arbol con abundancia frutos tan prodigiosos, que apeteciendolos todos por Reliquia, hicieron el milagro, de que viviesse el dicho Antonio Floro de allì adelante con mucho olor de virtudes. Y para mayor marabilla, aquella Higuera, à la que llamaban todos, la Higuera de Fr. Bernardo, luego à el instante, que el Beato muriò, se secò.

Don Alonso Paternostro, por vn disgusto, que su Padrastro le diò, se enfureciò tanto, que hizo pedazos vna silla de baqueta. La Madre de dicho Caballero temìa mucho, que en sabiendolo su Marido, castigasse à el colerico Mancebo con grande excesso. Estando en esta afliccion, entrò Fr. Bernardo; y la Señora le diò noticia de el successo, pidiendole remedio. El Beato la consolò, diciendole, que no tuviesse cuidado, que no havrìa disgusto alguno, por lo que havia sucedido. De allì à poco tiem-

po fuè la Señora à vèr la Silla, y la hallò tan entera, como antes eſtaba.

CAPITULO XII.

PROFECIAS DE EL Beato.

YA iba à concluir con la prodigiosa Vida de èſte insigne Varòn, quando su espiritu profetico me hace detener, para dàr alguna noticia de èſta gracia, en que fuè tan excelente como en las otras. Muy agravado se hallaba de vnas calenturas el Marquès de Mompellèr, y con eſta ocasion embiò su Muger, la Duquesa de la Verdura, à llamar à Fr. Bernardo: se tardò tanto el Beato en ir à su Palacio, que quando fuè, el Marquès eſtaba yà sin calentura; y la Duquesa tan satisfecha de la salud de su Marido, que havia hecho vn veſtido nuevo, para celèbrar la mejorìa. Llegò,

en fin, Bernardo à Palacio, y la Señora saliò à recibirlo, diciendole: *Aora vienes, quando està yà bueno el Marquès? Pero en su enfermedad no has parecido para alivio de el desconsuelo grande, que he tenido.* El prodigioso Varòn, ilustrado con Divinas luzes, le respondiò: *Señora, yo me alegraria mucho, que estuviesse bueno el Marquès, pero aunque siento mucho el decirlo, lo que os prevengo, es, que presto mandeis decir siete Missas à Nra. Señora de los Agonizantes, para que le conceda el Señor feliz transito de èsta à la otra vida.* Esta voz fuè como vn horrible trueno para la Señora, que le replicò à el Profeta Bernardo, diciendo: *Còmo me dàs una nueva tan funesta?* *Señora*, dixo el Beato, *no podia omitir èste aviso, sin faltar à la obligacion, que tengo à V. S.* Se fuè Fr. Bernardo, y la Duquesa mandò decir las Missas, y à los cinco dias se verifi-

rificò el vaticinio; porque el Marquès passò de èsta à mejor vida. Passados dos años, fuè esta misma Señora à èl Convento de Capuchinos, y aunque otras sus Compañeras passaron à hablar à Fr. Bernardo, no quiso ir la Duquesa, sino se escondiò, porque el Beato no la viera, diciendo entre sì, no sea, que èste Profeta me dè alguna noticia, como la que lloro todavia. Con todo este resguardo, el Varòn de Dios supo por revelacion, que estaba allì la Señora Viuda, y llamandola, le dixo: *Duquesa mia, no te escondas, ni temas oìr tristes nuevas: has de saber, que tu Marido està tan bello, y hermoso; que si lo vieras, no cupiera en tu corazon el gozo. O si yo gozàra yà de su compañia! O Marquès! O Marquès!* Con èsto que oyò la Señora de la boca de el Varòn de Dios, quedò anegada en vn mar de lagrymas de grandissimo consuelo.

Muy cercano à la muerte, segun el juicio de el Medico, se hallaba vn vecino de Palermo, cuyo nombre era Felipe Lombardo: tenìa èste pobre quatro hijas, yà en edad de tomar Estado; las quales lloraban tristemente su desamparo. En esta afliccion se les ocurriò, lo que havian oìdo de la insigne compassion de Fr. Bernardo, y assi tomaron esta resolucion: Fueron todas juntas à el Convento, y hallandolo ayudando à Missa en la Capilla de Señora Santa Ana, le manifestaron su desconsuelo, pidiendole con abundantes lagrymas, que rogàra à el Señor por la salud de su Padre; porque si llegaba à morir, quedaban sin algun recurso, y su honestidad en el mayor riesgo. El piadosissimo Varòn se enterneciò mucho de las lagrymas de aquellas pobres Doncellas, y con vna voz muy agradable, les respondiò assi: *No temais, pobrecitas, porque*

à vuestro Padre le quedan todavià quince años de vida ; y antes, que muera, os casarà à todas ; estais contentas? Yà se vè còmo quedarian las honestas Doncellas. Se partieron para su casa, que no cabìan en ella de alegria, y se completò, quando el dia siguiente fuè à ella Fr. Bernardo, visitò à el moribundo, que sanò muy presto, y yà aplicado à las conveniencias de sus hijas, las colocò en el Matrimonio con el discurso de el tiempo, llegando sus dias hasta los quince años de la profecia del Beato.

CAPITULO XIII.

DE LA PRECIOSA MUERTE de el Beato.

EN el Capitulo antecedente empezè à manifestàr el espiritu profetico de Fr. Bernardo, y desisti presto de el assunto, porque son casi in-

innumerables los casos: Pero parà dàr principio à èste, me veo obligado à proseguir con los prognosticos, porque muchos fueron de su transito. Con tanto exercicio de charidad, como èste Varon Serafico tenìa, llegò à tomar su espiritu tanto vuelo hazia el Objeto primario, que no havia quien lo detuviera en la prission de el cuerpo, y era tanta la violencia, que padecia, que llegò ingenuamente à decir à algunos sus familiares Amigos, *que vna hora de este destierro le parecia mil años*. A tanto llegò esta ansia, que le obligaba à dàr gritos por la Gloria, diciendo à vozes muchas vezes: *Paraiso, Paraiso*; y quedandose tan arrebatado de la fuerza de el amor, que, si no morìa, era vn milagro. Por esto aquel Señor, que lo havia escogido para sì, le avisò, para aquietarlo, que yà se llegaba el feliz dia, con tanta eficacia buscado.

Esta noticia se la diò por medio de su Santissima Madre, segun se discurre en aquella vision grande, que tuvo la vispera de la Natividad, como dixe en el Capitulo siete, y assi estaba tan cierto de ella, que entrando vn dia en la Cocina, le dixo à el Cocinero: *Ea, Charissimo Hermano mio, alegremonos, que yà me acerco à la muerte, y à el gozo de el Paraìso*, y dando vn salto de alegrìa, se fuè. En este tiempo sucediò, que à este mismo Religioso, à quien dixo esto, le vino la Obediencia, para ir por vnos dias à su Patria; y Fr. Bernardo le dixo, que se detuviesse algunos dias, por que querìa, que se hallàra, en lo que havia de suceder presto: se detuvo, y fuè para assistir en la muerte de el Beato. De allì à poco se le ofreciò à Fr. Bernardo mudarse Abito, y à los Religiosos, que le assistieron, para calentarlo, les dixo: *Este es el* *vl-*

vltimo beneficio, que recibirè de vosotros, porque presto irè à la Enfermerìa, y no nos verèmos mas en esta vida; y abrazandolos con mucha ternura, se despidiò de ellos.

Yà estaba èste Varon admirable casi muerto à manos de sus espantosas penitencias, que no permitiò dexar, ni aun moderar en aquellos vltimos dias. Yà todo el cuerpo lleno de llagas, y algunas poco menos, que encanceradas: yà tan atenuado de la abstinencia rigorosa: yà tan desangrado de los azotes; que no le faltaba para morir, sino que se lo mandasse la Obediencia: y assi fuè, porque, como yà dixe en otro lugar, el Jueves, dia de la Epiphanìa, le mandò el Prelado comer vn poco de requesòn, que como lo extrañò tanto su estomago, le rindiò con vna calentura. A el siguiente dia se viò obligado à ir à la Enfermerìa, que dista de el Convento vna milla:

fuè à pie, por no perder èste trabajo, y assi que lo visitò el Medico, como lo reconociò en el grande peligro de la ardentissima fiebre, lo mandò sangrar la mañana siguiente. No saliò vna gota de sangre de su cuerpo, por mas diligencias, que se repitieron, porque yà estaba desangrada esta victima de la penitencia.

Yà iba à su deseado Paraiso; y para este camino tan gustoso le administraron el Viatico el Domingo por la mañana. Aquì quisiera yo vna pluma de Serafin, para delinear aquel vuelo, que diò el espiritu de èste valiente corazon, tan abrasado del amor Divino. Clamò por el Oleo Santo, que recibiò, avivando mas la llama; y para consumirse de el todo, y morir en la Cruz mas viva, pedia penas, el que se disponìa, para perfecta imagen de el Crucifixo. No entendiendo la astucia diabolica la sed de este Beato, se le apareciò vn

De-

Demonio con vn vaso de agua elada, no solo brindandole, sino haciendole violencia, para que la aceptàra; pero el penitente Bernardo, à quien le atormentaba mas la sed de la Cruz de Christo nuestro Señor, que la que le causaba su ardiente fiebre, rehusò tan detestable refrigerio; y en venganza de èsta accion heroica, le maltrataron con cruelissimos golpes los Ministros infernales. Fuè tanto lo que le atormentaron la noche antecedente à su transito, que huviera acabado à la violencia de el odio, si el amor no huviera tomado por su quenta èste negocio.

Consumado èste martyrio tan prolijo, empezò à respirar el Beato, y era yà tan acelerada la respiracion, que conociò se acercaba su dueño, para entregarle el vltimo de sus alientos. Pidiò con humildad à la multitud, que havia concurrido à visitarle, que lo dexassen descansar;

y quedandose con vn Sacerdote, èste le leìa la Passion de el Señor, mientras el Beato sentado en la cama, y el Capucho calado, la meditaba. Consideraba, que la muerte de nuestro Dulcissimo Jesvs, era el principio de la mejor vida; y para ajustarse en todo à ella, se informaba de quando en quando de la hora, que era. Por fin, llegaron vna vez à decirle, que eran las tres de la tarde; y entonces, inclinando la cabeza sobre el madero, que le servìa de Almohada, dixo: *Vamos, vamos*, y espirò. Tambien pudiera decir, que acabò de copiar en sì mismo à el Crucifixo tan amado, à aquel, à quien Bernardo celebraba con vna Fiesta annual; à aquel, à quien abrazaba, levantandose en extasis tan sublimes; à aquel, que venìa contra todo el torrente de las aguas à ponerse entre sus manos; à aquel, por quien havia derramado toda su san-

gre à la violencia de los azotes, y cilicios; à aquel, por quien tolerò las pesadas, y crueles manos de el Infierno; à aquel, à quien sacrificò la agua, quando se abrasaba de sed; y en fin, à aquel, à cuya hora de amor ajuſtò tanto su vida, que en la hora de Nona acabaron ambos. No tengo lugar de decir mas, aunque me violento, para acabar con su transito.

Muriò el valeroso Bernardo de Corleon en la Enfermerìa de Palermo à las tres de la tarde, despues de seis dias de enfermedad, el año de el Señor de mil seiscientos sesenta y siete à doce de Enero, siendo de edad de sesenta y dos años no cabales, y teniendo de Religion treinta y cinco. A el punto se divulgò eſte caso por toda la Ciudad, y fuè el concurso de todas classes de Sujetos tan crecido, que se viò reducida toda la Ciudad à la Enfermerìa

de

de Capuchinos. Algunos Señores fueron volando à el Convento, para en el espolio de su Celda enriquecerse de Reliquias. Los que vinieron à venerar su Cuerpo difunto en la Enfermerìa, movidos de el impetu de la devocion; le despojaron allì de modo, que se le mudaron nueve Abitos, y lo huvieran despedazado, por lograr Reliquias, si no se huviera puesto guardia, para defensa de tan gran Thesoro.

CAPITULO XIV.

DE LA GLORIOSA SEPULtura de el Beato.

PORQUE la gran devocion de la Ciudad no degeneràra en tumulto, tenia determinado el P. Provincial dàr sepultura muy temprano à el Cadaver de el Beato Bernardo; pero oponiendose à esta resolucion

la

la Nobleza de Palermo; se hizo vn Entierro magnifico de eſte modo: Iba delante la Comunidad Capuchina con su Cruz, despues el Feretro con el Cadaver prodigioso, à quien tenian los Principes, y Señores mas diſtinguidos tanto afecto, que lo llevaban en sus ombros, remudandose por tan largo espacio como ay de la Enfermerìa à el Convento, que es vna milla poco menos. Y porque el Thesoro, que llevaban, no padeciesse detrimento, escoltaba el Feretro vna lucida guarnicion de Alabarderos. Despues seguia tanta multitud de todo linage de personas devotas, que no se puede reducir à numeros. A el passar eſta Procession, que mas parecia translacion de las Reliquias de vn Santo, que Entierro de vn Religioso Lego, salieron à los balcones de el Palacio los dos Iluſtrissimos Arzobispos de Palermo, y de Monrreal, y descu-

brie-

brieron sus cabezas, para venerar aquel deposito sagrado, confirmando assi la devocion de el Pueblo.

Llegò à el Convento el Entierro, y puesto en el Panteon el Cuerpo de el Beato, le hizo las honras el Cielo con marabillas estupendas. Yà dixe como diò por obediencia de el Prelado vn diente à el Principe de la Catholica, y por esso omito este prodigio aquì; pero no puedo callar la marabilla de su sangre, que clamaba, no venganzas, sino glorias de su penitencia. Fuè el milagro èste: Estaba el Cuerpo de el Beato Bernardo, quando vivo, tan exhausto, que no fuè possible sacarle vna gota de sangre, como yà dixe, en diversas ocasiones; porque toda la sangre se la daba à la penitencia. Con todo esto, haviendo yà muchas horas, que estaba muerto, lo sangraron por tres vezes, y siempre diò con abundancia sangre, para purpurar

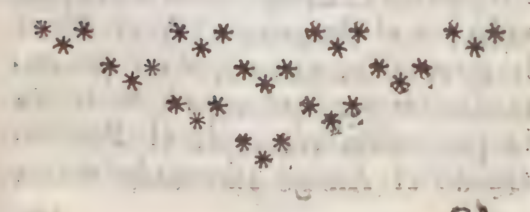
rar los pañuelos de aquellos Señores, que la apreciaban mas que vn Reyno. Diò en la Bobeda salud à los Enfermos con solo besar el Cadaver, y lo que es mas, vn Turco muy obstinado, que baxò à la misma Bobeda por mandado de su Señor, de repente empezò à clamar por la Agua de el Bautismo.

Assi glorificaba Dios à su Siervo, y tambien movìa los animos de los hombres, para que le diessen los debidos honores. Por esto instaron mucho dos Devotos de este Beato prodigioso, para que su Cuerpo se trasladasse à la Capilla de el Santissimo Christo, à quien tanta devocion tenia Fr. Bernardo en vida, y obtenida la licencia, se hizo la translacion, sacando el Cadaver de la comun sepultura de los Religiosos, y colocandolo en dicha Capilla, cerrado el Thesoro en vna Caxa de plomo, que se contenìa en otra de

Cy-

Cyprès. Allì fuè donde diò su Mageſtad vn teſtimonio muy claro de la santidad de aquel su tan amado Siervo, y el caso passò de eſte modo. El dia de el Glorioso San Felix de Cantalicio, passaron à Capuchinos Antonio Camuci, y Angelica su Muger, y mientras hacian oracion à el Santo Felix, vn chico suyo, que llevaban en su compañia, y no tenia mas edad, que dos años, se apartò de ellos, y solo se entrò en la Capilla de el Santissimo Chriſto: arrodillòse sobre la losa de el Sepulcro de Fr. Bernardo, y la besò muchas vezes con mas devocion, que prometìan sus años. Causò admiracion à sus Padres el hecho de el chico, y llegandose à èl, le preguntaron, què hacìa? El niño respondiò immediatamente: *Beso à el Santo, beso à el Santo: Còmo vosotros no haceis lo mismo? Còmo ninguno besa à el Santo?* No sabian los Padres

dres de el niño, de què Santo era aquel Sepulcro, y sabido de vn Religioso, que era de el Beato Corleon, imitaron à su hijo. Salieron de la Capilla, y el niño se volviò à el Sepulcro de el Beato Corleon, y esparciò sobre èl algunas flores, que tomò de el Altar de San Felix, como si yà prognosticasse, que no havìa de ser San Felix solo, el que recibiera los Cultos de Santo, pues tambien Corleon los merecìa. De este modo iba Dios perfeccionando las glorias de su Siervo, y tomaba por instrumento entonces la lengua de aquel infante, que movìa prodigiosamente.



CA-

CAPITULO XV.

APARICIONES, y Prodigios de el Beato Bernardo, despues de su muerte.

MUCHAS vezes, y à diſtintos Sujetos, se apareciò Bernardo, dandoles noticia de su gloria; pero solo referirè vn caso, por no dilatar mas èſta Obra. Un Religioso de especial virtud, y grande Amigo de Fr. Bernardo, deseaba saber de el eſtado, que tenìa en la otra vida; y vna noche, à pocos dias de haver muerto el Beato, se le apareciò, dandole noticia de la gloria, que posseìa. Preguntòle el Religioso, si havìa passado por el Purgatorio? Y el Beato le respondiò, que nò, si no que immediatamente, que espirò, se le diò la possession eterna de el Paraiso. Quedò el Amigo aficionado mas à

su

su glorioso Bernardo; y èſte de allì à tiempo se le volviò à aparecer cerca de la Aurora, en la Sacriſtìa, y con indecible gozo le abrazò, diciendo en voz alta: *Paraiso, Paraiso, ò bendita Penitencia, Mortificacion, y Ayuno! O bienaventurada Mortificacion! O feliz negacion de la propria voluntad! O dichosos trabajos, padecidos por amor de Dios!* Y abrazandole de nuevo, desapareciò.

No solo glorificò Dios à su Siervo, sino que tambien à todas las cosas, que eſtuvieron à su vso, les diò virtud de obrar marabillas en su honor. Don Gaspar Paternoſtro havia tres dias, que eſtaba agonizando de vna calentura mortal; iba yà à dàr las vltimas boqueadas, quando vn Amigo suyo llegò con aquel pedazo de madero, que dixe, que le servìa à Fr. Bernardo de Almohada. Eſtaba en el dicho leño escrito el nombre de el Beato, y el Amigo

de

dé el moribundo se lo puso delante de los ojos, y le dixo, que leyera aquellas palabras. Cosa admirable! Lo mismo fuè decirle èſto, que, el que yà no veìa, ni sentìa, alzò la voz, y pronunciò: *Fr. Bernardo de Corleon*, à cuyo nombre, el accidente tuvo tanto respecto, que dexò libre à Don Gaspar, y se levantò sano.

En la Ciudad de Trapana, Rosalìa Priſtera tenìa vn Criado en casa, tan enfermo, que yà Oleado, esperaba por instantes, que rindiesse el vltimo aliento. Se acordò, que tenìa en vna caxa vn Cuchillo, con que solìa partir pan Fr. Bernardo, y luego à el inſtante se lo aplicò à el moribundo: Fuè tan eficàz el Cuchillo, que cortò la enfermedad instantaneamente, y quedò libre el Criado.

Joseph Eſtreba, vecino de Corleon, se hallaba muy enfermo, y sin

sin que los Medicos entendiessen su accidente; por lo que lo atribuian à Hechizos: Viendose sin remedio humano, bebiò en vn Vaso, en que Fr. Bernardo havìa tambien bebido en cierta ocasion, y experimentò, que se le havìa pegado al dicho Vaso la gracia de curaciones de el Beato, porque quedò perfectamente sano.

Las particulas de el Abito de Fr. Bernardo, por tantas razones Santo, no es numerable, lo que obraron de marabillas: dirè la ſiguiente, porque no se quede todo en silencio. Vicente de Gregorio, hermano de el Padre Jeremìas de Palermo, Capuchino, havìa padecido mucho de resultas de vna Hernia, y vna tarde llegò à el extremo de su vida; pues haviendosele vuelto las tripas, arrojaba por la boca los excrementos. El Medico, y Cirujano lo dexaron como à incapàz de remedio, sino Di-

vino.

vino. Vino el Capuchino, su hermano, y le aplicò vn pedacito de Abito de Fr. Bernardo. O prodigio digno de eterna memoria! A el contacto de aquel Sayal bendito, las tripas, haciendo vn gran ruido, se pusieron en su natural disposicion, y el moribundo abriò los ojos, y dando vna voz con mucho aliento, clamò assi: *O Jesvs mio! Yo estoy sano.* Los circunstantes empezaron à gritar: *Milagro, milagro*, y los vecinos, oyendo solo en confuso el rumor, vinieron, juzgando, que havia muerto Vicente; pero lo hallaron vivo, y sano, sin mas cuidado, que de ir à el Convento à dàr solemnes gracias à su Bienhechor el Beato Bernardo.

Como eran tan prodigiosas estas Reliquias de el Beato, las respetaba hasta el mas voràz Elemento. La Marquesa de Roca-blanca, guardaba vna partecita de la Tunica de el Beato, y sucediò, que vna vez se le cayò

en vn Hornillo lleno de fuego; passo bastante tiempo, fuè à buscarle, y le hallò en medio de las brasas, pero tan intacta como si fueran flores los carbones, que despedian fuerte llama. Una Señora, llamada Doña Francisca de Vita, apreciaba mucho vn pedacito de el Abito de el Beato, que conservaba con la veneracion mayor. Se le cayò inadvertidamente en el fuego, en que estuvo por espacio de media hora. Yà la Señora juzgaba, que estarìa hecho ceniza, pero lo hallò entre las vivas brasas, no solo intacto, sino frio, pues no se atreviò el fuego, ni su calor, à ofenderle.

Conclùyo con este caso, que es por muchas razones milagroso. Un hermano de Antonia Viviano, traìa en el pecho vna Estampa de el Beato Bernardo, y à el tiempo de ir à llevar à su hermana à la cama, porque estaba enferma de contraccion

de nervios, se le cayò en el brasero encendido la dicha Estampa, no advirtiò por entonces, hasta que el humo, y olor le avisaron, que se quemaba algo. Discurriò lo que podria ser, y echando menos la Estampa, fuè à el brasero, entendiendo, que hallaria solas las pavesas; pero hallò, que haviendose consumido el blanco del papel, estaba intacta la Efigie de el Beato, y el nombre. De allì à algunos dias llevò à la referida Enferma, para ser examinada de la verdad de èste caso, y assi que lo afirmò con juramento, repentinamente se hallò sana de la contraccion de nervios, y se volviò buena à su casa. Esta Imagen de el Beato, preservada de el fuego milagrosamente, se conserba assi, y muchos Eminentissimos Cardenales, y otros Prelados, le han dado las mas afectuosas veneraciones.

Estas marabillas he referido, para

ra dàr alguna noticia de el Beato Bernardo. Aunque todo lo dicho, es, como dixe yà, vna Particula de los muchos, y grandes Libros, que han salido à luz de eſte Heroe venerable; y aun si he de decir lo que siento, nada es eſto, respecto de los Libros, que pudieran escribirse de su prodigiosa vida: con todo eſto, espero de la intercession de eſte gloriosissimo Beato, que ha de alcanzar de el Crucificado dueño de nueſtras Almas, que baſten eſtas pocas letras à fervorizar nueſtros corazones, para que imitemos en algo tanta penitencia, tanta mortificacion, y sobre todo, tanto afecto à Chriſto Crucificado.

A la verdad, èſte Bernardo es vn Nardo, cuya fragrancia nos lleva à el Talamo de el Rey, nueſtro vnico Amante, para que teniendo por descanso su Cruz, conozcamos por experiencia; que su yugo es suave, y li-

ligera àquella carga de su Ley de Amor, que tan pesada le parece à el Mundo ciego, y pesado de corazon.

Mas tu, ò felicissimo Bernardo! Fuerte como vn Leon, te abrazaste con la Cruz, porque estando, como quedaste, muerto à las falsedades de lo aparente, viviesse tu espiritu entre tantas verdaderas delicias. Aun en la vida mortal entre tus penitencias, como hemos visto, lograste mas dulzuras, que todo el Mundo puede dàr à sus Amadores, y yà gozas las eternas, con la plenitud, que no cabe, ni en humano entendimiento, ni en palabras, ni menos en la pluma. Cesse èsta, y no acabe la lengua de implorar tu intercession, para todo, que es tener temor à Dios, y vivir segun su Ley.

F I N.

J. M. J.

PARA ETERNA MEMORIA, y Monumento immortal de la singular piedad, con que han assistido à la Religion de los Capuchinos el Ilustrissimo Cabildo Eclesiastico, y con singular favor su dignissimo Dean el Señor Don Miguèl Antonio Carrillo, Religiosissimas Ordenes, distinguidos Cuerpos, y especialissimos Devotos de esta Nobilissima Ciudad de Sevilla, se coloca

à

à lo vltimo de esta Obrita la Tabla siguiente:

SAGRADOS JUBILOS,
Aplausos gloriosos, demostraciones Festivas,
con que la Comunidad de Menores Capuchinos de
N. S. P. S. FRANCISCO
de esta Nobilissima
CIUDAD de SEVILLA,
publica las nuevas glorias de dos Hijos del Patriarca Serafico, y Professores de su mismo Instituto Capuchino,
SAN SERAFIN
de Monte-Granario,

Ca-

Canonizado por nuestro Santissimo Padre Clemente XIII. (de santa memoria) el dia 16. de Julio de 1767,

y el

BEATO BERNARDO de Corleon,

Beatificado por el mismo Santissimo Padre el dia 15. de Mayo de 1768.

Consagrando vna Octava magnifica al Canonizado, y vn Triduo solemne al Beatificado, en cuyos dias se franquèa à la Devocion de los Fieles la esplendida, y

Sa-

Sacramental Mesa Eucharistica, estando expuesto el

Admirable Sacramento,

para llenar los corazones de aquellas delicias, que son prendas de la eterna Gloria.

Se darà principio à estas Solemnidades el dia veinte y ocho del presente mes de Septiembre, hasta el dia ocho del siguiente mes de Octubre, con el orden, que se sigue.

OC-

OCTAVA
EN HONOR DE S. SERAFIN de Monte-Granario.

SEPTIEMBRE.

JUEVES 28.

SOlemniza eſte dia, con ſu grandeza acoſtumbrada, el Iluſtriſſimo Cabildo de la Santa Metropolitana, y Patriarchal Igleſia de eſta Ciudad de Sevilla, y predica el Señor Dr. D. Martin de Arenzana, del Gremio, y Clauſtro de eſta Univerſidad, Examinador Synodal de eſte Arzobiſpado, y Prebendado de eſta Sta. Igleſia.

VIERNES 29.

Eſte dia hace la Fieſta la devocion de vnos Señores verdaderamente afectos al Santo Nuevo, y predica el M. R. P. Fr. Thadeo de Ubri-

Ubrique, ex-Guardian de Marchena, y actual Custodio de Roma.

SABADO 30.

Este dia consagra los Cultos la muy Esclarecida, Celeste, Sagrada, y Redemptora Religion de la Santissima Trinidad de RR. PP. Calzados, y ocuparà el Pulpito el M. R. P. Fr. Augustin Ramos, Lector Jubilado en Sagrada Theología, ex-Regente del Colegio de Murcia de su primitivo Orden Trinitario.

OCTUBRE.

DOMINGO PRIMERO.

Este dia hace la Funcion el Venerable Orden Tercero de N. S. P. S. Francisco de este Convento de Capuchinos, y predica el Sr. Br. D. Nicolàs Rebollar, Cura Proprio mas antiguo de la Iglesia Parroquial de Señor San Gil.

LU-

LUNES 2.

Eſte dia hace la Fieſta el Sr. D. Manuel Paulin, y predica el M. R. P. Fr. Buenaventura de Ezija, Predicador Capuchino, y Guardian, que ha sido de los Conventos de Cordoba, Ezija, Andujar, y Marchena.

MARTES 3.

Eſte dia hace la Fieſta vn especial Devoto, y predica el M. R. P. Fr. Bernardo de Hardales, Predicador Capuchino, y Missionero Apoſtolico.

MIERCOLES 4.

Eſte dia, proprio de N. S. P. S. Francisco, lo celebra, en nombre de la Comunidad Capuchina, el Señor D. Domingo Regidor, y predica el M. R. P. Fr. Luis de Antequera, ex-Lector de Sagrada Theologia, y ex-

Guar-

Guardian del Convento de Capuchinos de Sanlucar.

JUEVES 5.

Este dia hace la Fiesta nuestro devotissimo Patrono el Señor D. Juan Joseph Clarebout, y predica el M. R. P. Fr. Francisco de Sevilla, Predicador Capuchino, y ex-Guardian del Convento de la Ciudad de Jaen.

TRIDUO

EN HONOR DEL BEATO Bernardo de Corleon.

VIERNES 6.

Celebra este dia nuestro Syndico el Señor D. Joseph Eusebio Cotiella, y predica el M. R. P. Fr. Miguèl de Lucena, Predicador Capuchino.

SA-

SABADO 7.

Consagra los Cultos vn muy distinguido Congresso de Señores Nobilissimos, y devotissimos del Beato, y predica el M. R. P. Fr. Carlos de Sevilla, Predicador, y Comissario Visitador del Venerable Orden Tercero de Capuchinos.

DOMINGO 8.

Corona la Funcion el Señor Don Miguèl Antonio Carrillo, dignissimo Dean, y Canonigo de dicha Santa Iglesia, y predica dicho R. P. Fr. Luis de Antequera.

Esta tarde se canta el *Te Deum* con Musica, y se dà fin à todas estas Funciones.

SABADO 7.

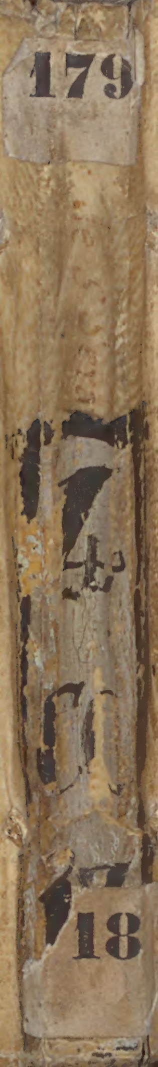
Consagra los Cultos vn muy distinguido Congresso, de Señores Nobilissimos, y devotissimos del Beato, y predica el M. R. P. Fr. Carlos de Sevilla, Predicador, y Comissario Visitador del Venerable Orden Tercero de Capuchinos.

DOMINGO 8.

Corona la Funcion el Señor Don Miguel Antonio Carrillo, dignissimo Dean, y Canonigo de dicha Santa Iglesia, y predica dicho R. P. Fr. Luis de Antequera.

Esta tarde se canta el *Te Deum* con Musica, y se dá fin á todas estas Funciones.




179
18